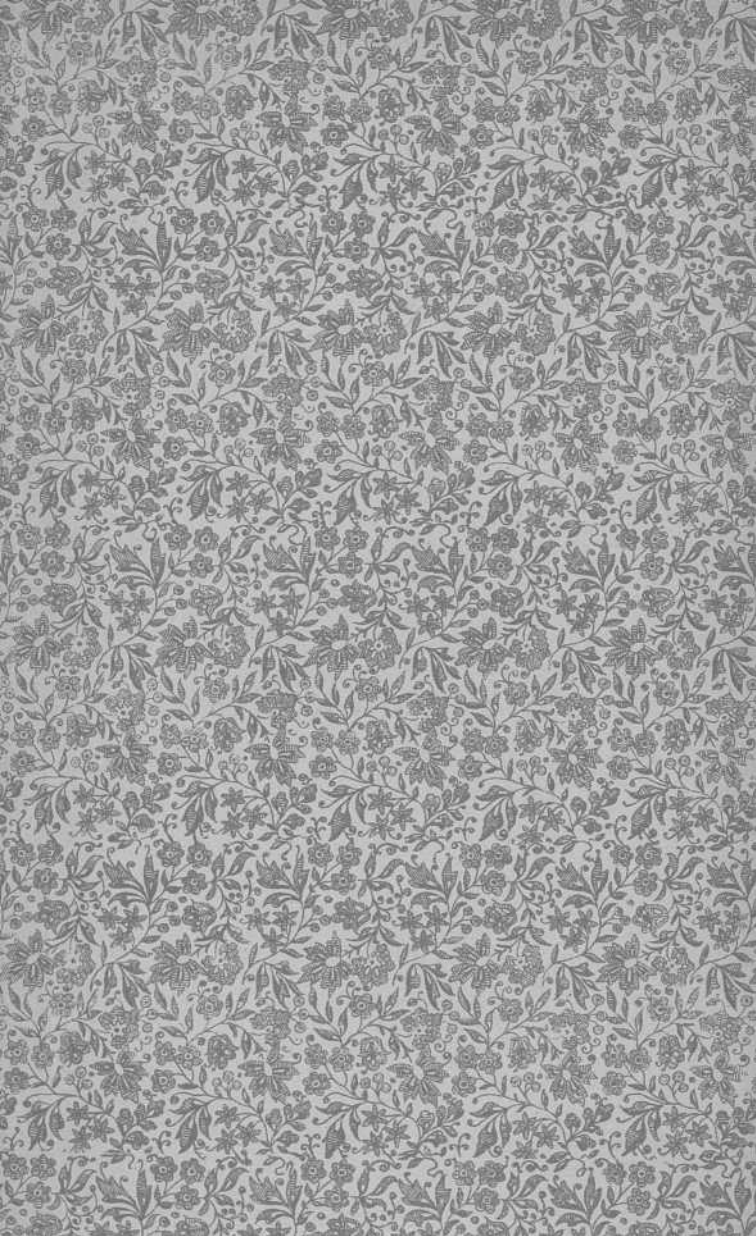


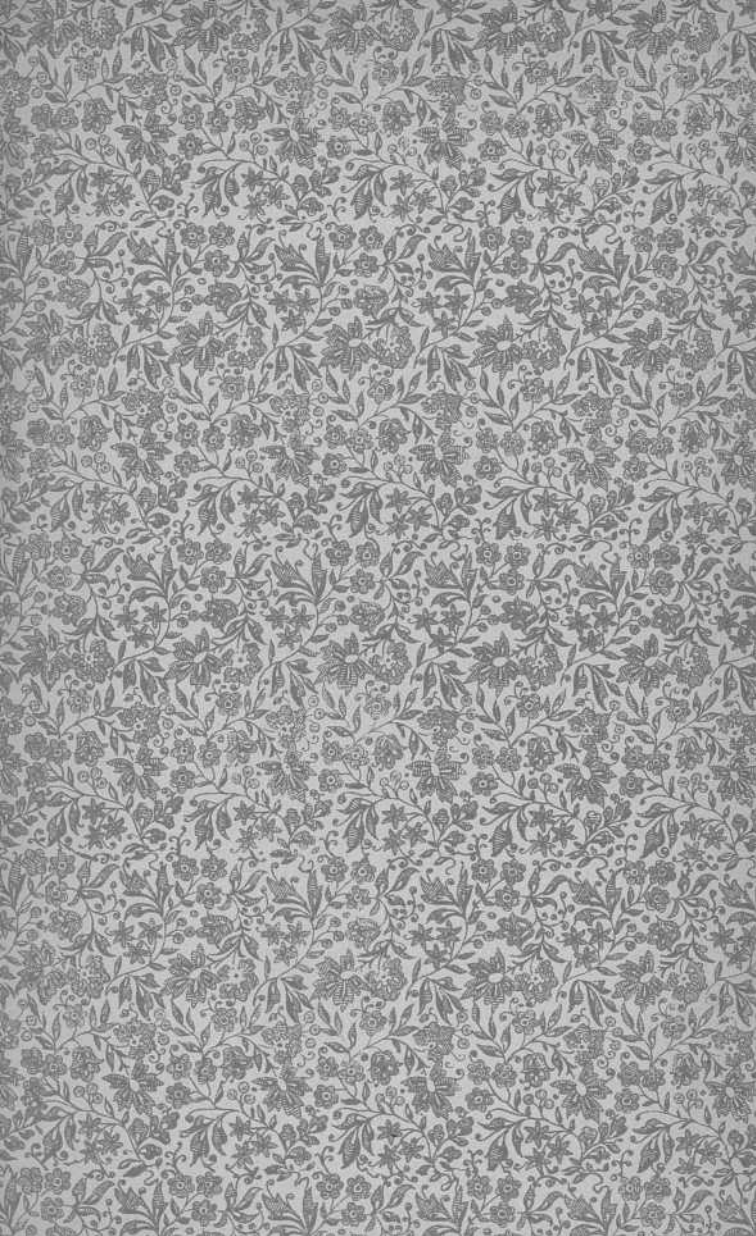
Dr. A. Kupferschmid

La Infancia

SISTEMA KNEIPP







5534

LA INFANCIA

—x—

SU DESARROLLO ESPIRITUAL Y CORPORAL

LA INFANCIA

SU DESARROLLO ESPIRITUAL Y CORPORAL

Y

ÉXITOS DE LA CURA KNEIPP

EN LAS

ENFERMEDADES NERVIOSAS DE LOS NIÑOS

CON UN APÉNDICE SOBRE LA PARÁLISIS INFANTIL

por el

Dr. Adalberto Kupferschmid

Médico director del sanatorio de Slag, junto á Gablonzan Neisse (Bohemia)

VERSIÓN CASTELLANA DIRECTA DEL ALEMÁN

POR

D. MANUEL ANGELÓN



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

1897

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

Como el método y las tendencias de este libro han de merecer juicios muy encontrados, séame permitido contestar anticipadamente á las objeciones que no dejarán de hacérseme, pues, dada la costumbre que en materias de crítica reina, apenas le es dado al autor proceder á ello cuando su obra ha pasado á ser del dominio público.

Algunos de mis lectores profanos en medicina me censurarán por no haber empleado un estilo popular, por haber adoptado generalmente denominaciones estrictamente técnicas; otros encontrarán á faltar en el libro historias clínicas y una introducción especial acerca de las apli-

caciones terapéuticas por todo el mundo recomendadas.

A esto contestaré lo siguiente:

Partiendo de un punto de vista puramente práctico, difícilmente se comprende que sólo por medio del libro puedan llevarse á la inteligencia del común de las gentes conocimientos que, como los de la medicina en todas sus esferas, requieren indispensablemente una exposición y una demostración materiales, y por consiguiente que la ciencia y la acción médicas puedan transmitirse por la obra impresa.

Es indiscutible que esta dificultad, en cuanto se refiere á la exposición, ha sido á menudo hábilmente resuelta; pero cuando observamos el éxito de los libros que de este modo se han escrito, como por ejemplo, la obra de B. Bock, *El hombre sano y el hombre enfermo*, vemos que su lectura no ha curado al uno por mil de sus lectores y que, en cambio, algunos, leyéndolos, han enfermado de espíritu y se han vuelto hipocondríacos.

Por esta razón estimamos imprudentes y perjudiciales los relatos de historias clínicas hoy tan en boga, en los cuales, por otra parte, suelen emplearse nombres vagos é inventados á capricho.

Los éxitos que como coronamiento de aquellas historias se consignan, llevan con frecuencia por un camino completamente falso al profano que busca remedio á sus males, porque ya es sabido que se cree fácilmente aquello que se desea; y en cambio no se presta con ello el más pequeño servicio á la medicina ni al médico, pues, para convencer á alguien, es preciso, ante todo, y más tratándose de un adversario, que este alguien nos entienda.

Con afirmaciones falsas (diagnósticos inexactos), con dialécticas deslumbrantes, con sofismas y con pruebas experimentales en crudo, no se ha fundado todavía ningún nuevo sistema ni se ha destruído un sistema antiguo.

Cuanto más delicada la construcción de un mecanismo (¿y cuál puede compararse

en delicadeza con el mecanismo humano?) tanto más sensibles é ingeniosos han de ser los aparatos de comprobación que empleemos para observar y corregir sus perturbaciones.

Y siendo esto así, resulta una burla de sí mismo declarar que se puede realizar cumplidamente esa tarea en un tomo en cuarto que se vende á 4 marcos y medio.

A todos los que han hecho algo en pro de la higiene popular, debémosles ciertamente gratitud, á los unos por la actividad con que han trabajado, á los otros por el ardor con que han combatido; pero unos y otros no han de olvidar que cometen la misma falta que en otros censuraron y se cierran á sí mismos las puertas desde el momento en que exigen de sus partidarios una sumisión que excluye toda crítica y una fe ciega que toca en las tinieblas de la infalibilidad.

Para curar enfermedades, no se necesitan seguramente nombres griegos ni lati-

nos; la misma medicina científica sólo ha de habérselas con el hombre concreto, y para ello la unidad de la enfermedad con el hombre enfermo, así como lo contrario, es un hecho indiscutible, como lo es para todo cerebro humano sano. Sin embargo, se necesita un abstracto porque sin él faltan la unidad y la clasificación lógicas, y careciendo de sistema nos hundimos en un terrible caos.

Desde que se han establecido los fundamentos teóricos acerca de la mecánica de los átomos, la unidad de todas las fuerzas de la naturaleza ha ido tomando cada vez más los caracteres de realidad científica positiva, á pesar de lo cual apenas ha podido quebrantarse la distinción entre calor, luz, electricidad, etc.

Mientras no podamos sustituirlas con algo enteramente nuevo, es racional perseverar en las ideas antiguas que hasta ahora se han tenido por buenas, y si por este camino el estudio de la medicina no va tan de prisa como en los cursos univer-

sitarios, consolémonos con los griegos de la antigüedad que decían:

«Los dioses pusieron para los hombres delante del trabajo el sudor.»

De lo dicho se desprende que la base más segura para el pensamiento y la acción del médico, es el diagnóstico derivado de los reconocimientos anatómicos y fisiológicos, y comprobado por la experiencia junto al lecho del enfermo. Por consiguiente sería absurdo, suponiendo en ellos la falta de esta base, ofrecer á los que de tales conocimientos carecen, los medios para que por sí y ante sí se metiesen á médicos de sí mismos ó de los demás, como se los ofreceríamos si les diéramos á conocer aplicaciones terapéuticas especiales.

Al que con tal propósito presta al vulgo la antorcha de su ciencia, le diré que «ésta no alumbra y lo único que puede hacer es producir un incendio.»

Libros que, como el presente, tengan por objeto preparar una evolución no sólo

en los círculos profanos sino que también en la clase médica, deben contener palabras y conceptos que, si bien signifiquen un impulso hacia adelante, no abandonen del todo el terreno de las ideas en la actualidad reinantes.

Día llegará en que no sólo la enseñanza de las ciencias naturales constituirá uno de los elementos de la educación media, sino que, además, formarán parte esencial é indispensable de ésta hasta los conocimientos médicos (higiénicos).

Del mismo modo que una gran parte de la administración de justicia y de la legislación, han pasado de manos de los jurisconsultos de universidad á las de los jueces y consejeros populares, así también antes de poco la organización de los cuidados de higiene pública dejarán de ser patrimonio exclusivo del reducido círculo de los preceptos puramente académicos y de las disposiciones y mandatos oficiales.

Cuando por virtud de una mayor madurez en el pensamiento humano, la tera-

péutica homogénea del porvenir (la higiene), haya echado sus poderosas raíces en las vastas capas del pueblo, entonces será hora de que el formulismo de las recetas latinas y la superstición médica, pierdan para siempre su misteriosa fuerza y de que desaparezca el predominio de la frase y del charlatanismo.

Para que este progreso se realice precisa, sin embargo, trabajar mucho todavía, porque, aparte de otras dificultades, no es probable que la clase médica permanezca impasible ante tan importante movimiento, dada la situación en que la han colocado su tradicional vocación y su misión social.

Desde el momento en que la frívola Francia rinde ya culto á las reformas higiénicas, como de ello son buena prueba las benévolas opiniones que el vegetarianismo (impopular por su carácter germánico), ha merecido del mundo literario selecto han de comprender los médicos que no obran prudentemente la mayoría de ellos en

creer que aferrándose tenazmente á los dogmas de su ciencia universitaria, lograrán resistir el empuje de la oleada de la opinión pública.

Este radicalismo se convertirá en verdadero capricho si degenera en obstinación infundada, y razón tiene un conocido sabio en materia de medicina de estos últimos tiempos cuando dice: «Los que tercaamente se aferran á los aforismos anticuados y los perpetúan, los exponen á la crítica más severa.» «La razón se convierte en locura, el beneficio en calamidad, ¡ay de tí si eres un niño!»

Apenas hay un argumento sólido para no abrir camino á esas exigencias que cada vez con mayor fuerza tienden á la generalización del saber y de la potencia en la esfera de que hablamos, y el médico previsor debiera esforzarse con toda su inteligencia por hacer su ciencia exotérica y no envolverse en el manto sacerdotal del misterio.

Enfrente de las censuras que se suelen

lanzar no sólo contra éstos, sino contra todos los trabajos análogos que se salen del círculo de la misión estrictamente médica, séame permitido oponer y explicar detalladamente mi última afirmación.

Hay que hacer notar en primer término que, desde el punto de vista de la noción de clase, se tolera que haya quién cometa los mayores abusos farmacéuticos y promueva empresas mercantiles, buenas ó malas, con el mismo fin, si el que tal hace ostenta un título científico ó se escuda en una teoría; al paso que se considera como reo de una ofensa profesional, y de charlatanismo al que se atreve á reconocer el sano criterio de uno que no ha sufrido exámenes, y á recomendarlo al estudio de sus colegas.

Ya no se piensa que «en vez de declarar charlatán al ignorante y al inepto, se denuncia á los que no se han examinado.» (VIRCHOW, *Med. Ref.* núm. 38 Ihg. 1849).

Esta contradicción sería difícilmente explicable si no estuviese íntimamente re-

lacionada con el estado de perversión en que todo nuestro sistema médico se encuentra.

Bien merece estudiarse la causa de este fenómeno, que se desarrolla por la falta de relaciones entre un poder ejecutivo y un poder legislativo sanitario que obedezca á la ley del progreso.

Cuando vemos, por ejemplo, que el gobierno austriaco se vió obligado á amenazar con medidas coercitivas para que, después de un período de 22 años, las representaciones populares de provincias muy ilustradas, cumpliesen la Ley de Sanidad del Imperio de 1870, y que el ministro del Interior consideró conveniente, con motivo del último cólera, confiar á soldados veteranos la inspección de los centros inspectores civiles de sanidad, estos hechos nos bastan para encontrar fácilmente la solución de aquel problema.

Y estos hechos indican que en estos asuntos falta la debida cooperación por efecto del desconocimiento casi general de las

disposiciones legales vigentes en la materia, é indican, además, por un lado el deber egoísta de los gobiernos de apoyar con toda energía cuantos esfuerzos se hagan para curar este mal, y por otro la necesidad de que á remediarlo contribuya la parte de la población que piensa seriamente.

Y téngase en cuenta que, aun yendo más allá, aun llegando en esta materia á una libertad completa, no se coarta en lo más mínimo la independendia del pensamiento ni de la acción; muy al contrario, de este modo se estimula la discusión entre las opiniones que mutuamente se combaten, se contrasta el verdadero valor de cada una y se fomenta la unión para el común trabajo.

Los médicos son precisamente los que han de marchar á la cabeza de este movimiento civilizador: no han de considerar desde el mezquino punto de vista de una casta privilegiada todas aquellas prerrogativas que como sanción de sus estudios superiores les confiere el Estado, sino que

han de pensar que siempre «lo que uno es, á otros se lo debe,» y que únicamente pueden satisfacer esta deuda pesada identificándose con la grandiosa misión del porvenir, que en primer término es la suya: «la constitución de la sociedad sobre fundamentos fisiológicos» (VIRCHOW).

En la realización de esta idea la «medicina ha de dejar de ser una ciencia especial y este sacerdocio ha de disolverse en la comunidad de los profanos» (VIRCHOW).

Entonces cada hombre ilustrado será su propio médico.

Antes de terminar debo dirigir algunas palabras á aquellos de mis colegas que como yo piensan.

El profesor Wagner, de la Universidad de Leipzig, ha dicho en su *Compendio de terapéutica general*:

«En los actuales tiempos es necesaria la existencia de los médicos naturalistas, pues lo que en todo arte es hoy una exigencia justificada, debe serlo también en

la medicina. Estos naturalistas tienen la ventaja de que en su inteligencia las ideas no se ven perturbadas por los cuidados y afanes de las enseñanzas aprendidas y de las investigaciones.

»Algunas veces la percepción inmediata hace brotar en algún cerebro privilegiado una idea cuyo valor ha de reconocer la medicina técnica.»

El que, teniendo en cuenta estas palabras, observe que únicamente me ocupó del sistema curativo de Kneipp, podrá creer que pecho de parcialidad; mas desde luego declaro que, lejos de ser así, estoy convencido de todas las excelencias que caracterizan á los demás métodos naturales, hoy muy generalizados. Y si no hago mención de ellos, débese sola y exclusivamente á que mi propósito es dar á conocer en el presente libro los resultados de mi propia experiencia acerca de aquel sistema, y consignar en términos claros las propiedades del mismo con relación á la materia de que esta obra trata.

El lector atento observará que, á pesar de ello, no he realizado mi tarea de una manera rutinaria, sino que, por el contrario, nunca he rehuído una crítica objetiva.

Sólo cito hechos y en ninguna parte de este libro he negado mis más íntimas convicciones, persuadido de que la claridad y la verdad, bases fundamentales de todo conocimiento científico, son siempre los puentes más seguros para penetrar en todas las inteligencias: esto es lo que desde un principio me he propuesto como objetivo final.

Si queremos echar las simientes de un porvenir dichoso y alegre para la raza humana, recordando aquello de que «más goza el que da que el que recibe,» hemos de empezar por las generaciones que han de ser, por la juventud de nuestros días, sembrando en ella los gérmenes de todo lo bueno, útil, noble y bello. Únicamente así nuestra labor será fructífera.

Para ello tenemos delante de nosotros

un terreno virgen que nos espera; cuidémoslo y no lo destruyamos prematuramente «con palancas y tornillos:» «Volver á la naturaleza, esto es lo que también debe hacer la medicina » (VIRCHOW).

Y si en mi entusiasmo por esta causa he ido quizás demasiado lejos, si tal vez me he inclinado sobrado personalmente en favor de Kneipp, sírvame de disculpa la circunstancia de que el calor de mis sentimientos sólo se arraiga en la sinceridad de mis opiniones.

Que el lector me juzgue desde este punto de vista y con ello se verán mis aspiraciones colmadas.

DR. ADALBERTO KUPFERSCHMID.

Wurzzuschlag a. Semmering. Diciembre de 1893.

CAPÍTULO PRIMERO

LA NEUROSIS Y LA LEY DE LA HERENCIA

MÉTODO DE KNEIPP

Todo nace y todo perece en virtud de una ley; y sin embargo, la vida humana, el tesoro más precioso, está sometida á una suerte insegura.

(GOETHE, *Euphrosina*).

Las enfermedades del sistema nervioso en la infancia traspasan á menudo los límites de los achaques corporales, pues con el peligro de que ataquen directamente ó se estacionen en el encéfalo y en la médula, amenazan el nacimiento y el desarrollo de la vida intelectual, sentando de esta suerte los cimientos para más terribles daños.

Conocedores de la moderna psicofísica,

podemos reirnos de las teorías de las glándulas pineales que nos ha dejado Descartes y de los centros ventriculares espiritualizados en donde Sömmering quiso ver en otro tiempo la residencia del alma.

Cada una de las partes integrantes de nuestro organismo desempeña su función; cada una representa el papel que le está confiado, así las distintas porciones del encéfalo como la médula, lo mismo ésta que los nervios periféricos: el alma corre, por decirlo así, de un lado á otro según que esta ó aquella parte del sistema nervioso solicite la actividad de tal ó cual sentido ó también alguna función intelectual más elevada.

La retina practica inducciones intelectuales rudimentarias que inician el proceso de la percepción y parece como que hemos de considerar aun psicofísicamente — pues anatómicamente la teoría es más probable — toda la columna encefálico-espinal como una combinación de direcciones de los sistemas más variados que, á medida que suben, acumulan sus acciones respectivas de tal suerte que, de

etapa en etapa, se obtiene un sumando cada vez más completo.

Desde este punto de vista deben, pues, ser juzgadas aquellas enfermedades y por esto creo yo innecesario insistir más sobre la conveniencia de fijar la atención en las discusiones que en este sentido se promuevan, aun cuando no se amolden al gusto de la medicina de escuela. Aun cuando no todos admitan mi proposición para que se estudie el método curativo del padre Kneipp, entiendo que no sería superfluo intentarlo si los que hicieran la tentativa se dejaran guiar por los juicios desapasionados sobre hechos positivos.

Este método, como procedimiento basado todavía tan sólo en fundamentos de la cura empírica por el agua y propagado por un profano en medicina, carece de apoyos sólidos que pudieran prestarle las doctrinas científicas y las autoridades en la materia; pero ¿debemos excluirlo del círculo de nuestras observaciones porque no nos han hablado de él en las universidades? ¿hemos de olvidar en este caso especial el principio de que en

materias científicas las soluciones definitivas las da no la autoridad inexperta sino la experiencia?

“La hidroterapia no puede aprenderse incidentalmente en la clínica, en donde quizás una sola vez y ocasionalmente se hará alguna observación sobre ella; la hidroterapia exige un estudio práctico sobre el terreno, es decir, en establecimientos con inteligencia dirigidos, y el hecho de que no goce en todas partes de la consideración que merece, débese únicamente á que no en todas partes es bastante entendida.” (Prof. HIRT, *Patología y terapéutica de las enfermedades nerviosas*).

Así se expresa un hombre muy conocido en el mundo científico.

Aceptando, como aceptamos, firmemente convencidos esta opinión, séanos permitido, además, añadirle algunas observaciones desde nuestro punto de vista particular.

Así como en otro tiempo la eficacia elemental del éxito y de la experiencia fué lo único que sirvió al labrador silesio Priessnitz de base para fundar en todo el mundo la apli-

cación metódica del agua como medio terapéutico, y sólo más adelante se llegó á la codificación y al análisis de aquellos hechos que se reunieron como terapéutica científica, así también la esfera de actividad del párroco suave es un pedazo de tierra de aquel mismo campo que cultiva un trabajador vigoroso puestas las manos en la reja del arado. Para aquellos representantes de la medicina que se han acostumbrado á estudiar el organismo humano en cultivos puros y por medio del microscopio, será esto una suposición un tanto atrevida; pero, en cambio, aquellos que conservan siquiera un pequeño resto del espíritu elevado que antiguamente dominaba entre la juventud que acudía al templo de Esculapio y que ha de dominar siempre entre nosotros, será tal vez un fin digno de ser perseguido.

La historia de la hidroterapia, el reconocimiento científico de la misma y la existencia de tantos establecimientos exclusivamente destinados á su aplicación como medio curativo, demuestran cuánta importancia se concede á este sistema y cuán merecedor es de la aten-

ción de aquellos á quienes está confiado el ejercicio de la medicina.

Mientras se conceden los honores de los más costosos y expuestos experimentos terapéuticos á combinaciones problemáticas de químicos especulativos y á preparados producto de simples teorías, no ha habido hasta ahora una sola escuela de medicina que se haya prestado, aún en las más modestas proporciones, al estudio práctico de una potencia comprobada por la experimentación y reconocida, en lo substancial, como inofensiva.

Para trabajar sobre este cúmulo de materiales en bruto, es indispensable un procedimiento sistemático, y no son para ello los medios mejores los que proporcionan los establecimientos particulares cuya misión no es la que en tal caso se requiere y que sólo ofrecen puntos de comunicación muy incómodos entre la teoría y la práctica. El propietario de uno de estos establecimientos no siempre se siente dispuesto á dedicar á fines de enseñanza su casa y sus enfermos.

Y no todos los directores de tales instalaciones se creen con aptitudes ni tienen estímulos bastantes para aumentar el peso de sus deberes médicos con informes sistemáticos acerca de su especialidad redactados académicamente.

Por otra parte ¿cómo pensar en estos establecimientos en la elección y en las necesidades de material clínico?

Un establecimiento privado no es una clínica pública. Además de esto, ¿pueden los estudiantes permanecer una larga temporada en estos sitios generalmente apartados de las poblaciones en donde siguen sus demás estudios?

Para proponer algunas de las consideraciones que más en primer término llaman la atención en este sentido, nos parece que el camino más sencillo para resolver esta cuestión está en la creación de un instituto igual en categoría y dotación á las demás ramas de la enseñanza médica.

Esta unión para el común trabajo, esta lucha simultánea con distintas armas serían

los mejores medios para apreciar la fuerza y la aptitud verdaderas y este contacto inmediato promovería el acuerdo que tanto se echa de menos y destruiría las preocupaciones fundadas en sentimientos mezquinos.

Pero este asunto debe también considerarse desde un punto de vista más elevado.

Si la medicina, como hija de su tiempo, ha de cooperar al cumplimiento de los grandes deberes sociales y políticos que nuestra época trae consigo, sólo por esta senda positiva podrá acercarse á los movimientos característicos del presente siglo que tienen sus raíces en el reconocimiento del principio de derecho del individualismo.

Esta es la fórmula general que se atreve con la solución de los más altos problemas de la sociedad humana, que con fuerza mágica contiene á las multitudes y que brilla sobre nuestras cabezas como signo del porvenir.

El espíritu de tutela y de patria potestad no es propio ya de aquella gran región de la medicina que tanto influye en el bienestar físico del individuo y de la comunidad; como

tampoco es hoy factible que la hegemonía en este punto sea exclusivamente para los representantes de un sistema.

Contra esta anticuada tradición lucha apasionadamente una gran mayoría armada con todos los recursos de la polémica moderna.

No existe ninguna razón de estado para no aclarar cuáles son los fines que este partido persigue: dénese, pues, ocasiones para presentar pruebas pertinentes de sus afirmaciones; póngasele en condiciones de demostrar prácticamente y ejecutar sus teorías y no se limite su propaganda con documentos oficiales ó con descubrimientos científicos que sólo se fundan, como ahora sucede, en investigaciones abstractas, y que, dado el punto de vista en que hoy se coloca la investigación en materias de medicina, no pueden tener valor alguno.

Para remediar los graves inconvenientes antes citados no hay más medio que la creación de establecimientos de observación (clínicas) en donde con hechos concretos se demuestren las ventajas y los inconvenientes de estos medios y que funcionen como estable-

cimientos de beneficencia públicos para los partidarios de este sistema en interés de la igualdad y del humanitarismo.

Con esto se pondría coto al procedimiento, que nada justifica, de obligar á los enfermos pobres á entrar en hospitales en donde se siguen métodos que ninguna confianza les inspiran y en donde han de soportar tratamientos que pueden ser de funestas consecuencias y que son completamente opuestos á sus más íntimas convicciones.

Además, si es cierto, como ilustres escritores médicos afirman, que en el modo de ser de nuestra actual civilización hay algo que perjudica al desenvolvimiento del cuerpo y del espíritu humanos, algo que contribuye al nacimiento de esas devastadoras caquexias, escrófulas y tuberculosis, anemias y degeneraciones cancerosas, algo que aumenta aquella inmensa fuente de males que terminan en un debilitamiento crónico de los centros nerviosos y cerebrales y acaban por una degradación del tipo de su raza en su constitución total ¿hemos de reputar siempre inútiles é

indignos de atención los esfuerzos de aquellos que tratan de curar estos estados de degeneración por otros medios que los tradicionales? ¿hay quién realmente cree que este mal puede remediarse con recetas preparadas en la botica?

Dada la trascendencia de esta cuestión, séanos permitido estudiarla más detenidamente.

La increíble frecuencia con que se presentan las enfermedades mentales en las grandes ciudades, esos centros de la civilización, comparadas con las poblaciones rurales, demuestra claramente que en la esencia de la vida moderna, en el funcionamiento desencadenado de todos los motores que en esta ardiente lucha pesa sobre la cabeza y el corazón de los habitantes de aquéllas, y en el contenido material del objeto perseguido, que aparece colocado entre el desenfrenado epicureísmo y el pesimismo desconsolador, radican los gérmenes de las plantas parásitas que consumen la savia del tronco de nuestra actual sociedad alrededor del cual se enlazan.

A esto hay que agregar la educación de la juventud, falta de todo método y que se forma una idea harto exagerada de los resultados que se propone conseguir; esa educación que, desconociendo las necesidades naturales, obtiene plantas de estufa crecidas á fuerza de exceso de calor, en vez de producir seres orgánicos que crezcan lentamente; es decir, en vez de una generación vigorosa, criaturas enfermizas con madurez prematura y sobradamente presuntuosas.

La causa de esto estriba en las instituciones de enseñanza que con su omnisciencia, más tienden á lo aparatoso externo que á lo positivo interno, y con el exceso consiguiente de materias indigestas, producen sobreexcitaciones nerviosas y debilidad cerebral; y estriba también en los métodos educativos que sólo saben criticar y que con sus incesantes y absurdas podas intelectuales acortan el proceso del crecimiento é impiden con ello el natural desarrollo de las almas.

El exagerado cuidado de los padres inculca de esta suerte en el niño una pusila-

nimidad y una falta de independencia que necesariamente han de malograr el desenvolvimiento de su carácter.

En otros casos un excesivo temor de los padres les hace evitar, especialmente en los niños de constitución delicada, la disciplina y los correctivos que tan necesarios son en la educación; con lo cual se crean esos otros artefactos que son como troncos nudosos y desfigurados con relación á los otros árboles mencionados, recortados artísticamente, sin gusto ni sujeción á reglas y uniformemente monótonos.

Por estos procedimientos educativos pueden producirse los más funestos estados de irritación del encéfalo, estados más peligrosos que nunca en un período de desarrollo encefálico tan activo como el de la juventud y que á su vez han de influir perniciosamente en la nutrición total del cuerpo creando así predisposiciones reales y positivas á la locura. Mas no es sólo esto; la mala educación, además, impide directamente la curación en casos de enfermedad, á consecuencia de los

malos hábitos contraídos y de la absoluta falta de dominio de sí mismo.

No es, pues, raro que en estos casos se imponga como necesidad imprescindible la espinosa tarea de educar nuevamente á los enfermos ó reconvalecientes á fin de enmendar los yerros de la pedagogía.

Así como de las anomalías del exceso de alimentación y de los malos manjares nacen á menudo estados peligrosos para el bienestar corporal, así también de aquellos otros defectos resultan estados que pueden llegar á constituir una neurosis central (excitabilidad, desapego al trabajo, sensaciones anormales, pedantismo, angustia) con excitación muscular convulsiva de cuando en cuando, y que pueden exacerbarse hasta convertirse en convulsiones epilépticas.

Nuestro estudio sobre el particular sería en absoluto incompleto si al llegar á este punto no hacíamos mención de un factor que es de fundamental importancia para la crítica de todas nuestras consideraciones; porque en el fondo de este problema único descansa en

primer término el porvenir no sólo del individuo sino de las generaciones todas.

Nos referimos á la historia natural del hombre, en cuanto va unida á aquellos fenómenos que se comprenden en la noción de la herencia.

La calificación de los descendientes está, pues, predeterminada, dentro de un círculo no demasíadamente grande, en el prototipo de sus ascendientes; ó dicho en otras palabras: somos lo que somos debido en una pequeña parte á nosotros mismos, y en nuestra mayor parte no somos sino la obra de nuestros antepasados.

De aquí que podamos decir que de cada mérito que para nuestra individualidad adquiramos participarán en cierta manera nuestros hijos y nuestros nietos; pero también los pecados que cometamos se reproducirán de algún modo en ellos.

¿Qué hechos podemos deducir de esta teoría para nuestro estudio?

La posibilidad de la transmisión por herencia de cualidades físicas y morales.

Desde los *Nasones*, *Labeones*, *Bucones* de los romanos, se han venido heredando al través de todos los siglos transcurridos los caracteres corporales: estatura, voz, desviaciones del esqueleto y del cráneo, hiperemia con todos sus estados consecuentes y anemia, pero también la longevidad, la fecundidad sexual y hasta las cualidades completamente individuales del hexadactilismo (seis dedos en una mano) y de la piel crustácea (EDUARDO LAMBERT).

Las condiciones morales se transmiten también del mismo modo por todo el árbol genealógico de una familia.

La heredabilidad de la fuerza imaginativa de los más ilustres poetas, pintores y músicos, de la potencia de pensamiento, del valor, es un hecho histórico tan comprobado como la transmisión hereditaria del cinismo, de la crueldad y del desprecio al hombre en la familia de los Claudios.

Y así como la constitución física, expresión de las reacciones de nuestro organismo celular corporal enfrente de los estímulos del

mundo exterior, se transmite por herencia en cuanto ha adquirido un sello fijo, así también puede transmitirse nuestro hábito intelectual de las costumbres como suma de las aptitudes é inclinaciones adquiridas por nosotros.

Paralela á la longevidad de una raza encontramos la mortalidad prematura, á menudo con rara coincidencia de edades como en la famosa familia Turgot; á la correspondencia hereditaria de dotes de inteligencia y de carácter, la fatal correspondencia de la tisis, de la degeneración cancerosa, de las enfermedades nerviosas graves. Y este mismo hecho con relación á los estados anímicos morbosos pertenece al número de las verdades más indudables.

Desde la transmisión hereditaria familiar de ciertas particularidades de carácter, del *tic* y del *spleen* hasta la propagación del idiotismo por todo un árbol genealógico, hay una serie de gradaciones encadenadas por las cuales la funesta dote que los padres ó los colaterales han legado á sus descendientes aparece en éstos en todos sus variados aspec-

tos, que pueden ser comprendidos en formas perfectamente determinadas.

Pero no sólo estas perturbaciones mentales se heredan; también las enfermedades de los nervios, del espíritu y del encéfalo están en la relación recíproca de la mutua compensación, de la mutua aptitud de transmisión en los descendientes.

Es este un principio importante que arroja mucha luz sobre las condiciones corporales del origen de las enfermedades físicas. La constitución nerviosa de la madre engendra un histerismo en el hijo; de un padre habitualmente colérico nace un epiléptico. La enfermedad mental de los padres puede tener por consecuencia en los hijos la epilepsia, y viceversa, ésta puede producir aquélla.

El famoso alienista francés Morel ha trazado, por esta razón, los más convincentes árboles genealógicos que la experiencia de cada especialista puede ampliar.

Hay familias enfermas en las cuales una generación sufre perturbaciones anímicas; la segunda padece de epilepsia y de corea, y la

siguiente vuelve á presentar ejemplos de melancólicos y maniáticos. Lo más frecuente es que esas neurosis de sobreexcitación en los ascendientes se manifiesten en los hijos en forma de parálisis generales.

En cuanto á la inclusión de las enfermedades cerebrales en esta serie patogenética, Morel llama especialmente la atención sobre la importancia de la apoplejía y presenta como ejemplos algunos árboles genealógicos en los cuales uno de los antepasados falleció de la expresada enfermedad: pues bien, los hijos de aquél se distinguen por un carácter muy predispuesto á la locura, especialmente por una irascibilidad mórbida y por afectos patológicos, y ó bien, á su vez, mueren apopléticos, ó pueblan durante una buena parte de su vida los manicomios en calidad de monomaniacos crónicos.

Otro principio más importante todavía da mayor fuerza á la eficacia de estos hechos, á saber la naturaleza progresiva de este veneno hereditario.

Los descendientes no siempre enferman en

forma equivalente: de un mal germen desarróllanse á veces formas graves, y en último término estados de completo defecto que alcanzan el límite extremo de la degeneración antropológica, espiritualmente con el idiotismo intelectual y moral y corporalmente con la esterilidad.

Lo que es moralmente malo, repugnante, obra en sentido degenerador y no circunscribe su funesta acción á la vida individual, sino que se completa en la descendencia: «El acto malo ha de producir incesantemente maldades.»

¡Cuánta verdad encierra la maldición de la herencia!

CAPITULO II

LA SELECCIÓN NATURAL, LA AUTODISCIPLINA Y LA EDUCACIÓN

Si después de haber trazado en pocas líneas ese cuadro sombrío, desconsolador, queremos terminar nuestro somero estudio sobre la materia preguntándonos: ¿no hay salvación, no hay redención posible para los que han nacido entre las cadenas de este pecado hereditario? por fortuna podremos contestarnos: sí, hay salvación, hay remedio.

La experiencia nos enseña que la conexión hereditaria entre la enfermedad de los hijos y la de los padres no es incondicionalmente necesaria, pues sólo existe en aquellos vicios, relativamente pocos, en los cuales los gérme-

nes, acumulando por la generación sus cualidades malignas, alcanzan suficiente intensidad por el doble conducto de una degeneración intelectual y ética progresiva.

Bajo este concepto, debe tomarse en consideración la reproducción en los nietos de los males de los abuelos (atavismo) ó sea la suspensión de la herencia en una generación; y debe tomarse en consideración no sólo fisiológica sino patológicamente. Así, por ejemplo, el abuelo de Beethoven, en medio de su moderado talento, demostró cierta inclinación á la bebida.

El factor más poderoso para el mejoramiento de la raza, es decir, de la descendencia, consiste siempre en la introducción de nuevos gérmenes de sangre sana que contengan el movimiento de avance de la sepsia.

Otro elemento esencial para ello es el ennoblecimiento individual por medio de la educación y de la autodisciplina.

En efecto, el mismo individuo es reformable dentro de los límites de sus cualidades innatas; puede adquirir modificaciones que,

debidamente consolidadas, se transformen en disposiciones cerebrales transmisibles á su vez por la herencia, de suerte que la generación siguiente sólo tenga que perfeccionar lo que en favorables disposiciones cerebrales trajo consigo en forma de gérmenes mejorados. Ya se comprenderá que este resultado no se consigue en seguida ni rápidamente, pues el mejoramiento de la disposición general, como en el otro caso contrario el empeoramiento, no se hace hereditario hasta que llega á ser constitucional.

En los primeros cuadros de este fenómeno la naturaleza pone un tercer color que suaviza y que á menudo brilla intensamente, colocando entre las figuras sombrías de una culpa implacablemente vengadora, aquellas otras figuras verdaderamente geniales que si raras veces ofrecen una perfección armónica absoluta, en cambio esparcen sus rayos luminosos sobre los posteriores siglos. Partiendo de la ley de herencia ¿quién hubiera esperado tras un Federico Guillermo I, un genio de la altura de Federico el Grande?

La vida y la total organización espiritual de algunas naturalezas bien dotadas de talento presenta con frecuencia señales evidentes de disposiciones nerviosas mórbidas (rasgos neuropáticos); y tan cierto es esto que, investigadores formales, aceptando la existencia de ciertas relaciones entre la locura y el genio, relegan á este último al terreno de la patología.

Es un hecho comprobado el de que muchos hombres de privilegiado genio, han acabado por padecer de una enfermedad mental (TASSO, SWIFT, LENAU, DONIZETTI, SCHUMANN); lo es también el de que en una misma familia el genio y la enfermedad mental aparecen alternativamente (ROUSSEAU, BYRON), ¿pero queda por esto demostrada la identidad de la esencia de una y otra?

La fuerza creadora de un Newton ó de un Goethe que dieron forma á las ideas y á los sentimientos de varios siglos y señalaron objetivo á sus sentimientos ¿puede ser en el fondo de la misma índole que los deslumbradores fuegos de artificio de un alienado?

¿Es razonable representarse como loco á un Shakespeare?

La genealogía del genio, como excepción la más admirable de la ley de herencia, nos lleva á las más profundas cuestiones metafísicas: ¿debemos ser considerados como producto de nuestros creadores? ¿debe, por el contrario, ser tenido cada cual como "su genio propio?"

De lo dicho se deduce que, á pesar de las innumerables ocasiones que se ofrecen á esa semilla venenosa para desarrollarse, la influencia directa de la selección natural puede amortiguar los efectos de aquel desarrollo en los descendientes: de otro modo, es decir, si todos los gérmenes de una ascendencia mentalmente enferma y nerviosa se desarrollaran, no se concibiría cómo nuestra raza vive en innegable y constante progreso. Por esta razón tenemos el deber sacratísimo de trabajar con toda nuestra inteligencia y con toda nuestra voluntad en el sentido de esta ley fundamental, tan importante para el bienestar de nuestra propia descendencia y de la sociedad humana en general.

Corresponde esta tarea, especialmente á todas aquellas familias que cuentan en sus árboles genealógicos con individuos nerviosos ó mentalmente enfermos porque, por lo que se refiere á la frecuencia y seguridad de la transmisión hereditaria, únicamente la tisis sobrepaja á las enfermedades mentales. La prohibición de matrimonios en ó entre familias que en tales condiciones se encuentren, impónese ya como precepto de una prudencia natural, lo propio que las uniones entre consanguíneos. Pero no basta esto sólo, pues de lo que en primer término se trata es de la regeneración de los fundamentos orgánicos que se encuentran en el período de descomposición.

Un buen método en el sistema de vida y en la alimentación, la lucha contra la bebida y el tabaco, la higiene espiritual y corporal en toda su integridad, tales son los puntos de vista de que hay que partir.

Ya hemos dicho que la educación y la autodisciplina son elementos esenciales para mejorar la raza y el individuo.

Y si queremos buscar de ello ejemplos, á ninguna parte podremos dirigir nuestras miradas mejor que á aquellos pueblos que, aun cuando hundidos desde larga fecha en la corriente de los tiempos, por sus muchos y magníficos monumentos, en cuyos incompletos restos todavía nos inspiramos, serán siempre modelos admirables para los ideales de la aptitud física é intelectual; aquellos pueblos regidos por principios cuya imitación sincera sólo ventajas puede reportar á la generación actual y que por lo mismo son dignos de que de ellos nos ocupemos detenidamente.

CAPITULO III

PRINCIPIOS PEDAGÓGICOS FUNDAMENTALES DE LOS ANTIGUOS (GRIEGOS Y ROMANOS) Y DE LOS TIEMPOS MODERNOS.

El espíritu de los romanos y de los griegos fué el que dió nueva vida y nuevo vigor á la humanidad de la Edad Media, hundida en el atraso corporal é intelectual, libertán-dola de las cadenas de una civilización ener-vante.

Su delicado sentimiento hasta en este terreno, sus claras concepciones, arraigan todavía hoy en conceptos que al moderno lenguaje apenas es dado reproducir.

La palabra pedagogía ha sido adoptada por todos los pueblos; pero lo que por ella

entendieron Esparta y Atenas ha quedado fundamentalmente relegado detrás de lo que ahora se designaría como educación é instrucción ó autodisciplina.

Los griegos daban á la palabra *paideia* (*παιδεία*), propiamente educación, instrucción de los niños, una significación estricta y otra amplia.

En el primer sentido la usan Platón y otros escritores que de instrucción y enseñanza tratan, para expresar la enseñanza intelectual practicada por el doble sistema, propio de aquel pueblo, de los ejercicios corporales y espirituales á fin de conseguir una perfección metódica y armónica. En el sentido amplio equivale á la *disciplina* latina, también intraducible, y significa toda la potencia física y ética de los ciudadanos sin limitarse precisamente á la juventud ni á la enseñanza, y corresponde, por consiguiente, á la denominación de cultura. Derivada de *pais* (*παῖς*), *paideia* (*παιδεία*) comprende, pues, todo el desenvolvimiento físico é intelectual del niño, al paso que la *educatio* de los romanos

expresa la dirección, ó sea la *agoge* (ἀγωγή) de los griegos: por lo mismo, es para los griegos el fomento natural y armónico de las fuerzas corporales é intelectuales á fin de realizar el mejoramiento y perfeccionamiento en todos sentidos de la humana naturaleza, es decir, la educación que forma, que no se limita á instruir, á educar, á proporcionar conocimientos, sino que quiere, además, allanar y preparar el camino para una existencia dichosa y bien provista, formar el carácter, facilitar todo lo bello y bueno para una vida digna y transmitir á la generación joven las grandes ideas morales y nacionales de las anteriores generaciones heredadas, valiéndose para lograr este resultado no tanto de los procedimientos teóricos ó de la coerción como de la costumbre y de la tradición populares.

Convertir en convicciones firmemente arraigadas en cada individuo del pueblo las disposiciones por la legislación decretadas sobre el sistema educativo, y hacer de ellas por la fuerza de la costumbre verdaderas

necesidades para todos, tal fué el principio fundamental de la educación nacional en los antiguos Estados.

Ni antes ni después, ningún pueblo del mundo ha logrado este objetivo en toda su pureza.

Y aunque en períodos de profundo rebajamiento pudo en algunos casos aislados encenderse de nuevo la llama de este espíritu, el débil andamiaje de nuestros actuales sentimientos nacionales y políticos no está en condiciones de poder mantenerlo á la altura de un convencimiento permanente.

Aquella doble enseñanza, para nosotros tan instructiva, educó y formó á los niños y á los jóvenes según las reglas fundamentales de la gimnasia y de la música, haciendo de ellos hombres prácticos y aptos, sanos de cuerpo y de alma, bien formados ética y estéticamente, cuyo aspecto exterior, por su porte digno, por su continente noble, por sus ademanes sueltos, manifestaba su estructura interna, y que ofrecían en todo su modo de ser una imagen de la energía y benignidad

de aquella tan ensalzada *Kalokagathia* (Καλοκαγαθία) que nos presenta á los hombres no como una máquina perfecta sino como expresión visible de la libertad por sí misma perfeccionada.

En ningún otro pueblo se ha realizado como en el griego la idea de la belleza ni se ha identificado ésta de tal manera con la vida que haya llegado á ser, como fué en aquél, una creencia general: á la belleza y vigor del cuerpo debía ir unida la belleza del alma.

«La educación es, en los tiempos dichosos, un adorno, en los días de desgracia un refugio y en la ancianidad el más agradable entretenimiento.» Así dice Aristóteles, y en este sentido podemos calificar toda la legislación griega como continuación y perfeccionamiento de la educación.

«Del mismo modo que el hombre, cuando es lo que ha de ser, es el mejor entre todos los animales, cuando vive sin ley ni derecho es el peor de ellos. No sólo los niños necesitan dirección; necesitanla también los adultos

si no quieren malearse,» dice en otro párrafo el famoso filósofo.

Si alguno de estos hechos nos impresionan de una manera extraña, porque apenas sabemos ya concebirllos en toda su importancia, tal impresión desaparece cuando consideramos que los griegos y los romanos no veían en sus casas y en sus familias sino partes integrantes de la vida pública y ponían la finalidad y la seguridad de su propia persona en la subordinación y disciplina más severas, en la abnegación por el bien de la comunidad y en la grandeza y gloria de su patria. Y si en Atenas se daba muerte á los que nacían antes de tiempo y á los niños deformes y enfermizos, tales hechos no eran más que emanaciones de las teorías de la Kalokagathia que sólo quería conservar para el Estado lo bello y lo útil. La misma reina de los dioses, Hera, no quiso hacer una excepción de aquella regla general en favor de su propio hijo, el débil Hephaístos.

Platón y Aristóteles defendían estos principios. En Roma sucedía lo mismo, pues los

decenviros permitían la exposición, sin investigación previa, de los niños contrahechos, y los nacimientos prematuros eran considerados como signos funestos de la cólera de los dioses, no siendo delito el matar ó exponer á los que en tales condiciones venían al mundo.

El Estado espartano, que en este punto profesaba las ideas más rígidas, miraba á los niños como propiedad suya.

Cuando nacía un niño en Esparta, le presentaban un escudo guerrero y le decían: «ó con éste ó sobre éste» (ἢ τάν ἢ ἐπι τάν).

Para vigorizarle desde los primeros días de su vida se le daban baños de vino.

Y si seguimos estudiando de qué medios educativos especiales se valían los antiguos para criar á su juventud robusta y sana, veremos que, en general, son los mismos que empleamos nosotros, con la sola diferencia de que en aquellos Estados todo el sistema se levantaba sobre la ancha base de la nacionalidad y tenía en ésta su más firme apoyo.

Contábase en primer término con la fuerza de la costumbre.

Si nos representamos los resultados que se obtienen actualmente en nuestros establecimientos educativos, tendremos una idea aproximada de la eficacia que casi los mismos medios debieron tener en la antigua Esparta.

Ya se comprenderá que si mencionamos este Estado es solamente para mostrar hasta qué punto podía desenvolverse este sistema que formaba una raza corporal y espiritualmente sana y apta para los más elevados servicios en pro de una idea, la grandeza militar de su patria; y al mencionarlo no tomamos en consideración la circunstancia de que tal sistema era patrimonio de determinadas clases de la población, puesto que en todos los pueblos helénicos y entre los romanos, los esclavos y la plebe estaban privados en absoluto del goce del mismo.

La historia de Esparta nos enseña claramente cómo el afeminamiento y la molicie pueden hundir á un pueblo en la decadencia y cómo en medio de las ideas más rigurosamente conservadoras puede subsistir dentro de los límites de la ley el sentimiento de la libertad.

Desde el momento en que Licurgo basó en la costumbre el robustecimiento moral de sus ciudadanos y sobre ella fundó su estado, lo más importante para él debió ser amoldar á la juventud á la costumbre, es decir, educarla; por esto la educación no sólo se rigió por los preceptos del Estado, sino que éste se encargó de educar á los niños, único modo de formar un pueblo literalmente en armas.

Dados los esfuerzos que nuestros modernos Estados realizan para que sus ciudadanos vuelvan á proponerse este fin corporal, séanos permitido decir algo de las máximas de que se servía Esparta para conseguir esa educación.

A la edad de siete años se sacaba al niño de su casa y se le ponía en uno de los establecimientos públicos de enseñanza que estaban organizados militarmente. Todos los ciudadanos venían obligados á contribuir al mantenimiento de los mismos y todos los hombres libres, incluso los reyes, habían de someterse á este precepto.

El que no había recibido esa educación no

podía ejercer ningún cargo público y perdía el honor de la ciudadanía.

Según su edad, los niños eran distribuidos en secciones, varias de las cuales formaban grandes grupos mandados por educandos bajo cuya dirección practicaban aquéllos, durante la mayor parte del día, ejercicios corporales.

Los funcionarios del Estado y los ancianos presenciaban constantemente las lecciones y tenían la alta inspección sobre los ejercicios y los juegos. Esta vida en común necesariamente había de hacer que los niños se acostumbraran á considerarse como miembros de un todo, de un organismo político con intereses comunes. Cada ciudadano veía en todos los niños á sus propios hijos y los niños consideraban á cada adulto como á su propio padre.

A la costumbre uníase como otro medio educativo la obediencia: de cómo se practicaba esta virtud entre los espartanos tenemos la prueba más elocuente de cuantas la historia de aquel pueblo nos ofrece, en la inscripción grabada sobre la tumba de los Trescientos en las Termópilas.

Además, como elemento estimulante excitábase la emulación por medio de alabanzas y recompensas.

Los ciudadanos que asistían á los ejercicios de los niños y de los adolescentes nunca dejaban de elogiar ó de censurar lo que éstos hacían, y para dar mayor fuerza á sus juicios hacíase que en los juegos públicos, en donde los jóvenes mostraban su vigor y su habilidad, las muchachas entonaran en cantos laudatorios las alabanzas á los vencedores y en canciones burlescas las censuras á los vencidos.

Una sencilla corona, una rama de laurel, una diadema de color eran otras tantas distinciones muy codiciadas, aunque de apariencia insignificante.

Las mismas relaciones de amistad entre los ciudadanos jóvenes y los viejos utilizábase como medios para estimular la emulación: para un joven era una vergüenza que ningún hombre de más edad que él le escogiera como su predilecto.

Si estos medios morales no bastaban á mejorar á los perezosos é indiferentes, se

aplicaban otros más severos, la reprensión y el castigo y, si era preciso, los golpes.

«Ὁ μὴ δαρεῖς ἄνθρωπος οὐ παιδεύεται.»

De modo que entre los antiguos hacíaase frecuente uso del palo así en la escuela como en la casa paterna.

También entre los romanos encontramos á menudo el cetro de los pedagogos, y Marcial se lamenta de los gritos y de los garrotes de los maestros.

El espartano dedicaba su principal atención al cuerpo, al cual debía dar la plenitud de sus fuerzas y asegurar contra todas las influencias externas perjudiciales, haciendo de él un instrumento libre é independiente siempre dispuesto á obedecer á la voluntad.

Á esto tienden todas las reglas que tienen por objeto el endurecimiento del cuerpo. Los niños llevaban los pies descalzos y la cabeza descubierta y el pelo cortado al rape; para que resistieran el frío y el calor usaban trajes muy ligeros y hasta los doce años iban vestidos con un quitón sin mangas. Á partir de aquella edad se les quitaba esa prenda inte-

rior y se les daba cada año un manto que constituía su único vestido en todas las estaciones del año. Diariamente se bañaban en la fría corriente del Eurotas, no consintiéndose los baños calientes; su cama era dura, y ellos mismos debían hacérsela: consistía en un lecho de cañas, tales como crecían en el Eurotas, que el niño debía arrancar con las manos sin ayuda de cuchillo y entre las cuales se ponían en invierno algunas hierbas caloríferas. La comida se componía de raciones escasas, pues se consideraba la saciedad como perniciosa por cuanto producía la pereza corporal y espiritual y dificultaba el crecimiento esbelto.

Los espartanos debían crecer en altura no en gordura, y por esta razón cada diez días los niños eran objeto de un examen y de una medición para ver si tenían la debida enxia ó si habían engordado más de lo que permitían las medidas prescritas: si se observaba que alguno tenía predisposición á la obesidad sometíanle á un régimen todavía más sobrio ó se procuraba atajar el mal con frecuentes azo-

tainas. Nauklides, hijo de Polipiades fué por su gordura desterrado.

Para aplacar el hambre la ley autorizaba el robo de ciertos alimentos. Á los niños crecidos se les enviaba á cazar por algún tiempo ligeramente vestidos á fin de que vagando por los montes noche y día se endureciesen y al propio tiempo robasen con astucia y habilidad, como si estuviesen en país enemigo, lo necesario para su sustento. Este sistema de caza era uno de los medios principales para lograr el endurecimiento del cuerpo y el aguzamiento del ingenio. El que se dejaba coger *infraganti* era severamente castigado, sometido á los tormentos del hambre y condenado á la pena de azotes, pues se consideraba como gran deshonra robar con tan poco arte. De lo robado debía entregarse una parte, pues la ley quería evitar la avaricia tanto como estimular el ahorro. El niño espartano demostraba palpablemente una vez cada año el grado de endurecimiento alcanzado en la fiesta de Artemisa Orthia, durante la cual se le azotaba hasta que sangrara y á menudo hasta que

muriera, y el que salía vencedor de esta prueba era objeto de honores especiales: con ello había de probar el espartano que el que sabía soportar un rato los dolores podía vanagloriarse de tener dominio sobre sí mismo; así es que muchos, después de haber sufrido sin chistar esa diamastigosis, se iban á sus casas con rostro sonriente. Algunos espiraban en el altar sin haber hecho un gesto que denotara sufrimiento. El resultado de la muerte no espantaba á los espartanos, los cuales visitaban diariamente los cementerios, que sin duda por esto estaban situados dentro de las ciudades, y de este modo se acostumbraban á pasearse entre cadáveres.

No conocemos por desgracia todos los preceptos que regulaban la educación de la juventud, pero podemos formarnos una idea de cuán minuciosos eran sabiendo que á los niños les está prohibido llevar luz para ir á un sitio obscuro. Únicamente los ancianos mayores de sesenta años podían alumbrarse dentro de sus casas.

No pueden ser objeto del presente capítulo

el estudio de todo el proceso educativo de la juventud en los pueblos antiguos, la narración de su educación corporal en los gimnasios y palestras hasta llegar á aquellas grandiosas fiestas de la antigua Grecia que en Olimpia se celebraban y en las cuales los niños y adolescentes esperaban obtener las más altas distinciones nacionales y se concedía al vencedor la suprema felicidad y el supremo objetivo de su ambición, la corona olímpica que aseguraba la gloria á su familia y cuya posesión codiciaban los mismos Césares. Tampoco podemos hacer una crítica de los distintos sistemas que en los tres principales pueblos prevalecían ni analizar las que constituían sus materias de enseñanza (la lectura, la escritura, la aritmética y el dibujo), ni estudiar sus aptitudes en punto á la orquéstica (danza) y á la música, á la retórica y á la filosofía.

Lo que en este terreno hicieron los antiguos no necesitamos consignarlo en esta obra: para nuestro propósito nos bastará hacer constar que el objetivo medio de la educación intelectual no era enseñar muchas cosas, recar-

gar con diferentes materias el cerebro juvenil, sin fuerza y sin capacidad todavía para darles albergue; sino que, por el contrario, era ejercitar y acomodar metódicamente y conforme á la experiencia las disposiciones naturales, educar el sentido humano puro, el sentimiento razonado.

«No hemos de buscar la ciencia múltiple, —dice Demócrito,—sino la educación general de la inteligencia.»

La enseñanza musical tampoco era entre ellos criadero de genios artísticamente educados ó de apasionados artistas.

Este elemento combinado con la gimnasia significaba el reverso de ésta, la dulzura; y viceversa la gimnasia prestaba á la música substancialidad, preservaba del falso sentimentalismo y era una excitación constante á lo concreto, á lo real.

«El que cultiva con celo y constancia la gimnasia sin la música, será varonil y animoso, pero su alma permanecerá débil, embotada y ciega,» dice Platón. La ignorancia de la música y de la gimnasia era considerada

entre todos los helenos como signo de esclavitud y de barbarie.

Preciso nos es también renunciar á un examen detenido de la situación de la ateniense comparada con el elevado rango que era propio de la *mater familias* romana, así en punto á la vida social como á la influencia que en la educación de los hijos tenía; pero siguiendo el propósito que en el presente libro nos hemos trazado debemos decir algo acerca del grado, no insignificante, de independencia y respeto y hasta de libertad que alcanzara la mujer en los Estados dóricos.

En Esparta, niños y niñas recibían casi la misma educación: desde el punto de vista de la gimnasia y de la música la enseñanza oficial equiparaba intencionadamente la hembra al varón.

Según Jenofonte, Licurgo prescribió estos ejercicios para que las jóvenes fueran lo más fuertes y aptas posible para cumplir su misión de esposas y madres, que se consideraba como la primera que debían realizar.

No faltan ejemplos de mujeres honradas

que se dedicaban con gran aplicación á la agonística, y se cuenta que Kyniska, hermana de Agesilao, fué vencedora en los Juegos Olímpicos, que Euryleonis ganó un premio guiando una biga y que Belestica alcanzó la corona de la victoria con una cuadriga de potros.

Tampoco eran las últimas en la educación general del espíritu.

Los dorios fueron casi los únicos entre todos los griegos que trataron de desarrollar las superiores aptitudes morales é intelectuales de la juventud femenina: sus mujeres sentían y pensaban hondamente, y por esto se conoce en aquel país la existencia de un gran número de poetisas líricas.

Al aire libre, en pleno sol y en medio de constantes ejercicios corporales, no en el tocador, crecieron aquellas majestuosas figuras femeninas cuya belleza reconocían todos los helenos; y, según Aristóteles, la laconia Lampito afirmaba que su morbidez, su vigor, su salud y su color sano sólo eran debidos á los ejercicios gimnásticos.

El principio fundamental de la educación entre los griegos y los romanos era el desenvolvimiento armónico y proporcionado del espíritu y del cuerpo sobre la ancha base de una concepción popular, no la imposición oficial de un adiestramiento rutinario y parcial de la inteligencia que constituye el sistema de la actual pedagogía.

Sin un cuerpo sano no son posibles un alma, una voluntad, una inteligencia y un sentimiento sanos: tal era la fórmula por ellos empíricamente deducida que aún hoy día se nos presenta como supremo problema y se afirma como verdad antropológica.

Καλός και ἄγαθός: ser bellos, buenos y fuertes de cuerpo y de alma, he aquí lo que constituía su existencia.

Todos los órganos del cuerpo debían ejercitarse y ser puestos en actividad de una manera proporcionada: las dos mitades, espiritual y corporal, de nuestro organismo, han de soportar un número de trabajos equivalentes á fin de que nuestra aptitud total se mantenga en equilibrio.

No es conveniente, en vez de darles el descanso y la compensación convenientes, estimular incesantemente nuestros nervios ó acumular en otros sistemas de nuestro organismo productos que den lugar en unos ú otros á perturbaciones y cansancios perjudiciales al estado armónico del gran todo.

De aquí que lo que ante todo necesitamos en este terreno sea una educación popular higiénicamente dirigida en el sentido de la dietética moral y física, y preciso es consignar que no nos faltan medios para conseguir este resultado.

Tenemos muchos y muy buenos libros que de esta materia tratan, y prudentes consejos de especialistas y de corporaciones científicas; los gobiernos de los distintos Estados publican leyes y dictan disposiciones sobre el particular y conciertan tratados para las relaciones internacionales, y bien puede afirmarse que la generalidad de las gentes se interesa cada día más por estas medidas, como lo demuestran los gastos cada vez mayores que se hacen para el saneamiento de

las grandes ciudades y aun de los pequeños municipios. Y sin embargo, la situación de la higiene pública y privada es deplorable.

Las epidemias no desaparecen; las antiguas (viruela, tifus, etc.) subsisten y otras nuevas se anuncian (influenza, cólera, etc.); el número de locos aumenta, aumentan también los establecimientos penitenciarios, disminuye la aptitud para el servicio militar y las deudas del Estado subsisten.

Si meditamos sobre este estado de cosas que debe preocupar á los políticos y á los economistas, veremos que se impone la necesidad de pensar en mejorarlo á todo trance.

Para ello debemos naturalmente hacer la disección de todo aquello que á modo de red invisible envuelve nuestra vida interna y externa y dirigir los hilos de esa red hacia los centros espirituales que son los determinantes de los esfuerzos de la cultura.

Y en este punto hay que notar que si por un lado hemos de atribuir á los notables progresos de las ciencias naturales el grado de mejoramiento que significan las instituciones

de nuestra civilización y los caracteres que las distinguen, por otro debemos explicarnos como consecuencia de la soberanía de sus métodos, merced á la cual deja sentir su acción sobre todos los ramos del saber y del poder humanos, la evolución de ideas é ideales que es propia de nuestro siglo.

Cuando en presencia de los grandes descubrimientos é inventos admiramos esas manifestaciones de la penetración humana, el observador profundo ha de preguntarse si con todo ello alcanzamos el perfeccionamiento de todas aquellas fuerzas que constituyen propiamente el germen y el florecimiento de nuestra vida interna.

Los productos de esta formación, la primera de todas las formaciones que constituyen la historia de los períodos de la creación intelectual ¿llevan en sí mismos aquella cantidad de calórico que puede protegernos contra la invasora atmósfera de las heladas operaciones de la inteligencia? ¿Basta la ciencia sola para dar á la forma de nuestros hechos y de nuestras acciones aquella profun-

didad y aquella energía que son lo único que la pone en condiciones de ostentar el sello de la perfección y de la unidad armónica?

Bien podemos afirmar que lo que integra al hombre no es la abundancia de ideas sino sus sentimientos. «Del corazón salen los grandes pensamientos,» del corazón, empero, salen también los actos execrables. No es la inteligencia sola la *res agens* que obra sobre la naturaleza interna de la acción humana y sobre la sanidad ó morbosidad de sus impulsos, sino la vida sensitiva.

Este principio psíquico, indispensable para la solidez del edificio de nuestra individualidad, no se tiene, sin embargo, para nada en cuenta en nuestro actual sistema de educación y enseñanza. Desde las más inferiores gradas de la escuela popular hasta los altos sillones de la cátedra de nuestros sabios académicos, no se oye propagar más que el siguiente principio: para el enriquecimiento de la humana ciencia no hay sino una regla, educación de la inteligencia, adiestramiento y gimnasia de los órganos del cerebro.

Prescindiendo de los pecados que se cometen contra los más generales preceptos de la higiene, aún son más sencillos que ellos, en el cuadro de toda nuestra vida y agitación sociales modernas, los efectos de esa máxima.

El conflicto social entre la fuerza y el derecho corre parejas con la impotencia científica del reconocimiento de los límites de la naturaleza por el camino de la apreciación microscópica y mecánica del mundo.

Precisamente la solución de este tema exige hombres dotados de gran fuerza de voluntad y de gran energía moral á fin de que no se realice la profecía de que "un gran momento encuentra una raza pequeña."

El que seamos buenos ó malos, altruístas ó egoístas depende de la naturaleza más íntima de nuestro propio yo, es decir, del equilibrio y de la riqueza armónicos de los sentimientos estéticos y éticos que consiente la capacidad de nuestras series de ideas.

Debemos ser morales, pero no sólo en teoría; el principio íntimo de estos senti-

mientos debe desenvolverse prácticamente fuera de nosotros, pues de lo contrario, sabremos ciertamente lo que es bueno y lo que es malo, pero lo no sentiremos, faltando de esta suerte los reflejos necesarios para nuestras acciones. Y de esta suerte descendemos desde el embotamiento enfermizo hasta el idiotismo moral incurable, hasta la ceguera moral (*moral insanity*).

A los viveros de la civilización, á los que cultivan la ciencia toca esmaltar la florescencia de nuestra vida intelectual con los delicados y calientes tonos de la rica paleta de nuestra gama de sensaciones, combatir la pequeñez y parcialidad de los espíritus en todo lo que son formas del pensamiento en materia de ciencias naturales, y dejar entrever á la sociedad y á sus alumnos que detrás del microscopio y de las retortas todavía hay un mundo de grandeza real cuyo conocimiento y dominación constituyen una tarea tan digna como trascendental y que la tendencia de todo hombre bueno será siempre, suceda lo que suceda, buscar y conservar por

cualquier camino lo bello y lo verdadero. No faltan ciertamente inteligencias claras y dotadas de gran penetración que han expresado hace tiempo este convencimiento; por ejemplo, Goethe, cuando dice que el microscopio y el telescopio perturban verdaderamente el sentido moral sano del hombre; y en tiempos recientes algunos profesores que ocupan una elevada posición científica, han tratado y tratan de romper este estrecho círculo de las ideas dominantes; pero á pesar de ello la inmensa mayoría de las gentes sigue marchando pesadamente por la ancha vía de la carretera real impuesta por la costumbre.

Al examen preceden la decisión y la elección y ¡ay de los apóstoles y de los jóvenes que predicán un nuevo evangelio!

No se tiene en cuenta que cada modificación de un movimiento es la expresión de una suma de componentes laterales y no se propaga en la línea recta de la acción directa de la fuerza.

La medicina científica laméntase de que de día en día disminuye la fe en ella, de

que mengua el número de sus partidarios y de que se le dirigen reproches é inculpaciones y se le achacan groseras bajezas en realidad incompatibles con la antigüedad y la dignidad de su situación.

La legislación de un gran Estado vecino nuestro ha incluido á los representantes del arte médico entre los industriales, con lo cual el ejercicio de una profesión aprendida en las universidades es colocado al nivel de la plaga de falsos sabios naufragados y de groseros héroes del reclamo.

Es indudable que el respeto y la pública confianza en la ciencia y potencia médicas nunca habían descendido tanto como en la actualidad, precisamente cuando la medicina, como la más fiel aliada de las ciencias naturales, ha logrado elevarse á una altura á que nunca, desde que existe, había llegado.

La observación de este hecho permite suponer para explicar este retroceso que no sólo las leyes de la atracción universal y las resistencias del roce constituyen el momento decisivo de este cambio de movimiento, sino

que quizás la fuerza virtual se ha retrasado demasiado.

La medicina es un sacerdocio emanado de la gracia de Dios y del pueblo: el médico debe ser maestro, educador, ayuda, consuelo, amigo y salvador del enfermo; tal es el fin de su misión científica y social. Si el médico sólo se cuida de observar en su laboratorio el mundo en sus átomos, destilándolos y filtrándolos; de fraccionar el hombre, ese prodigio de la creación, en un número infinito de células, disgregando caprichosamente lo que es un conjunto orgánico y subdividiendo su saber y su poder en un sinnúmero de aptitudes especiales; en una palabra, si llega á dominar los contornos vanos y las formas vacías, y en cambio, á su percepción escapa la substancia, que es la verdadera vida, no cumple con los fines de la medicina investigadora.

La medicina no debe ser morfológica sino biológica.

Con nuestros grandes descubrimientos bacteriológicos no hemos conseguido hasta ahora ningún triunfo, ninguna dicha.

El sentimiento rigurosamente disciplinado del aseo natural entra por mucho en la asepsis.

Y con la terapéutica hemos vuelto ya ó permanecemos todavía en aquel punto en que, como dijo el poeta: «el médico se encerraba en la negra cocina y ajustándose á innumerables recetas mezclaba los componentes más antitéticos.»

¿Qué tiene, pues, de extraño que un siglo invasor se defienda contra esos fantasmas y que quiera refrescar nuevamente en los brazos de la naturaleza, siempre saludables, su sistema nervioso mortalmente excitado? ¿qué tiene de extraño que ansíe crear robustos apoyos para la sociedad y producir una raza especialmente fuerte y moralmente vigorosa á fin de que en la lucha entre el sentimiento y la inteligencia, entre el corazón y la cabeza tomen parte el sol y el aire y no se hunda en la obscura noche del presente la ardiente fe en una redención esplendente de luz?

No lo miréis, pues, todo y siempre con solas las lentes de vuestros microscopios;

dejad que el mundo y los hombres aparezcan en el campo de acción de vuestro sentido natural humano; no os limitéis á conocerlos exclusivamente por vuestros estetóscopos y esfigmógrafos y no discutáis ni sutilicéis sobre si la exterior vestidura está conforme á las reglas del arte. Buscáis lo bueno y lo verdadero; pues no lo busquéis solamente en los sabios universitarios.

«No está fuera; allí sólo lo busca el loco:

»Está dentro de tí mismo y tú lo produces eternamente.»

Buscad también entre los hombres del pueblo sencillos, que tienen cabeza y corazón en el buen sentido de la palabra, y encontraréis un hombre así en el anciano y digno sacerdote de Wörishofen.

De las doctrinas de éste y de sus éxitos hablaremos más adelante.

CAPÍTULO IV

SISTEMA NERVIOSO DEL HOMBRE

Siendo lógicamente imposible juzgar rec-
tamente todos los fenómenos ó hechos que en
la esfera de la vida natural se producen sin
conocer exactamente la composición y cone-
xión de estos objetos, no puedo menos de
examinar, antes de entrar en la descripción
de las enfermedades del sistema nervioso
pertinentes á mi propósito, la estructura y
las funciones de aquellos órganos de los
cuales nos ocupamos, con la concisión com-
patible con la dificultad que entrañan la
exposición y la compresión de tal materia.

El conjunto de órganos que presiden á la

sensación y al movimiento se llama sistema nervioso.

Toda célula animal tiene originariamente la facultad de sentir los estímulos exteriores y de moverse según sean éstos, es decir, de contraerse, de dilatarse, etc. De aquí que ni en los animales más inferiores encontremos un sistema nervioso especial. En los cuerpos que se forman por capas sucesivas, como en la mayoría de los animales sucede, la sensibilidad se concentra cada vez más en la capa más externa de la piel, á la cual pertenece por consiguiente el sistema nervioso. Este, en su forma más simple, compónese de células cutáneas que, aisladas ú ordenadas en grupos, distínguense de las demás células cutáneas por su mayor excitabilidad y se comunican entre sí por medio de sutiles ramificaciones.

Así sucede, por ejemplo, en las medusas y en las ninfeas. En los otros animales, el sistema nervioso se ha retirado más ó menos de la piel y se ha refugiado en el interior del cuerpo no estando las más de las veces en comunicación con la superficie sino en deter-

minados puntos, que son los órganos de los sentidos. Durante el desarrollo de los animales superiores que salen del huevo se ve como el sistema nervioso surge de una parte de la piel para introducirse más adelante en las profundidades del cuerpo. Por esto en el sistema nervioso, cuando ha alcanzado su desarrollo completo, se distinguen dos partes: la central y la periférica.

La primera se compone principalmente de células ganglionares, y la segunda está en su mayor parte formada por fibras nerviosas, y pone en comunicación los órganos centrales con los aparatos terminales situados en la piel, los órganos de los sentidos, ó con los músculos, etc.

En los animales superiores se distinguen, además, desde otro punto de vista, dos clases de sistemas nerviosos: el animal, que cuida de las sensaciones conscientemente percibidas y de los movimientos voluntarios; y el vegetativo para los procesos de la alimentación y segregación, etc., y de los movimientos involuntarios con ellos relacionados.

En la parte central del sistema animal las células ganglionares júnctanse, en la mayoría de los animales, en grupos llamados ganglios (comisuras) que están enlazados entre sí y de los cuales irradian los nervios periféricos. Los animales articulados tienen generalmente en cada parte del cuerpo dos ganglios situados uno al lado del otro, de suerte que, mediante las comisuras longitudinales y transversales, fórmase una especie de red ó de tejido. Las más de las veces confúndense en una masa los dos ganglios que están juntos y en muchos casos también varios de los que están situados unos detrás de otros: tal sucede especialmente en los animales cefáleos.

En estos últimos, á la porción mayor de la masa nerviosa situada en la cabeza se le da el nombre de encéfalo y al resto de aquélla se le denomina, según su situación en el cuerpo, médula abdominal (en los gusanos ó artrópodos) ó médula espinal (en los vertebrados).

En los vertebrados, al encéfalo y á la médula espinal, es decir, á todo el sistema

nervioso animal, se les comprende bajo la sola denominación de sistema cerebro-espinal: en su sistema vegetativo ó simpático la parte central está también formada por ganglios y la periférica por fibras nerviosas. Las células ganglionares y las fibras nerviosas se designan con el nombre común de tejido nervioso, en oposición al cutáneo, al muscular, etc.

El encéfalo de los vertebrados es, á consecuencia de su formación en el embrión, lo mismo que la médula espinal, un tubo cuya cavidad no tiene la misma anchura en todos sitios y cuyas paredes están formadas por células y fibras nerviosas.

Este tubo está cerrado en su extremo, y en su otro extremo continúa en la médula espinal: divídese en cinco partes utriculares que se denominan encéfalo anterior, intermedio, medio, postmedio y posterior. Estas partes no están situadas rigurosamente unas después de otras; por el contrario, el tubo aparece generalmente plegado entre las partes central y posterior.

La cavidad, que en el embrión está muy

desarrollada, disminuye á medida que el animal crece; pero aun en el hombre se notan restos de la misma, tales como las llamadas cavidades cerebrales.

Por lo que hace á la proporción que entre sí guardan estas distintas partes, con el desarrollo de la inteligencia aumenta considerablemente el encéfalo anterior y tal preponderancia adquiere en muchos mamíferos que con el nombre de cerebro llega á cubrir casi, y en el hombre las cubre por completo, á las demás.

El encéfalo de casi todos los vertebrados divídese en dos mitades (hemisferios ó lóbulos), una al lado de otra, y en su superficie aparecen, cuando ha alcanzado gran desarrollo, surcos y pliegues de modo tal que si se quisiera alisar éstos, el cráneo no sería suficientemente para contener á aquél.

En el hombre el encéfalo es de forma casi ovoidea y su peso medio es de más de 1,400 gramos en el hombre y de 1,300 en la mujer: este peso y el tamaño definitivo se observan ya entre los siete y ocho años, pero varían

notablemente según la edad, sexo, volumen del cuerpo y también según la raza.

Así, por ejemplo, el encéfalo del alemán pesa por término medio 100 gramos más que el del francés y 300 más que el del indostano. La diferencia de peso entre el cerebro del hombre y el de la mujer es tanto mayor cuanto más elevada es la raza á que ambos pertenecen, pudiendo decirse lo propio de las diferencias dentro de un mismo sexo. El peso máximo en los hombres es de unos 1,500 gramos. Las comparaciones son en este punto sumamente difíciles, sobre todo porque en muchos casos no pueden basarse en el encéfalo mismo sino solamente en la cavidad del cráneo. El encéfalo se compone, en su masa total, de una capa cortical (corteza cerebral) de cinco centímetros de espesor, de color gris y muy rica en células ganglionares, y de la substancia blanca ó capa medular, situada debajo de aquélla y compuesta de fibras nerviosas que se desparraman en todas direcciones. La corteza gris constituye aproximadamente el 40 por 100 del volumen total del

cerebro y en ella se cuentan por millares de millones las células ganglionares que aparecen allí más densamente amontonadas que en ningún otro punto del sistema nervioso.

El encéfalo, como la médula espinal, está encerrado en un saco membranoso que se compone de tres capas ó meninges.

La sangre que en mucha cantidad necesita el encéfalo es conducida á él por las grandes arterias.

De la base del encéfalo arrancan doce pares de nervios, los nervios cerebrales, que, al igual de los nervios medulares, tienen cada uno una raíz anterior y otra posterior con distintas funciones (motrices y sensibles).

La concepción de los nervios encefálicos como nervios medulares es muy importante para la teoría craneal cuyos fundamentos derivan de Goethe y de Oken.

Por lo que toca á la parte más delicada de la estructura del cerebro, compónese esencialmente de fibras nerviosas y de células ganglionares entre las cuales se halla un sistema de células de tejido conjuntivo (las lla-

madas neuroglias) que es muy difícil distinguir de las pequeñas células ganglionares.

Estas últimas forman generalmente grupos determinados (cavidades) en los cuales se encuentra en muchos casos el origen de algunos nervios cerebrales, por lo que se les designa con el nombre de núcleos nerviosos. El descubrimiento de todas estas relaciones es sumamente dificultoso y todavía muy incompleto.

La médula espinal en el hombre forma una especie de cuerda del grueso del dedo meñique que hacia arriba pasa á la médula oblongada y por abajo termina á la altura de la primera vértebra lumbar, y constituye la continuación del encéfalo en los canales óseos de la columna vertebral.

En los vertebrados inferiores la masa medular es muy superior á la encefálica; en cambio es mucho menor que ésta en los superiores.

Las células ganglionares están situadas en el interior de la médula espinal y forman una masa redonda de color gris con dos prolonga-

ciones hacia arriba y otras dos hacia abajo de las cuales nacen los nervios medulares: el resto lo ocupan fibras nerviosas blancas.

La conexión de estas últimas con las células ganglionares no se conoce todavía con bastante exactitud.

Como la médula, al igual que el encéfalo, nace en el embrión á modo de un canal que se forma desde la piel y que más tarde se va cerrando poco á poco hasta convertirse en un tubo, queda en el interior de éste un hueco, el canal central, cuya pared está cubierta por una delgada capa de células vibrátiles.

Las tres membranas que envuelven el encéfalo se prolongan también en la médula.

Los 31 pares de nervios que en la médula tienen su origen poseen, en general, cada uno dos raíces cuyas fibras cuando se dirigen hacia los músculos y promueven en éstos los movimientos, se denominan nervios motores; en el otro caso, llevan el nombre de nervios sensibles porque sirven de intermediarios de los estímulos. Las dos raíces de cada nervio

júntanse, poco después de salir del canal vertebral y las fibras de una y otra siguen unidas su camino hasta llegar á la región puesta á su cuidado, separándose allí para cumplir cada cual su misión.

Los nervios son considerados como órganos terminales del sistema nervioso central, desde donde se desparraman en forma de cuerdas é hilos hacia los músculos, los órganos de los sentidos, etc.

Cada nervio se compone de haces de fibras nerviosas, pequeños ó grandes, que corren paralelos entre sí y que á su vez se fraccionan en filamentos ó fibrillas más finos. En los casos más sencillos una de estas fibrillas se mueve independiente y luego ó se encierra en una vaina medular, es decir, en un tubo de grasa y albúmina (fibrillas medulares) ó permanece libre (fibrillas amedulares).

De igual manera puede un haz de fibrillas amedulares, ó sea una fibra nerviosa, seguir siendo amedular ó rodearse de una vaina medular y en este caso se llama cilindro eje la porción situada en el interior.

La fibra nerviosa se halla las más de las veces cubierta por una envoltura membranosa, la llamada vaina nerviosa ó neurilema. Sólo las fibras se dividen; las fibrillas no. Cada fibra está unida en su principio con una célula ganglionar, por lo menos, con uno ó muchos aparatos terminales (células sensoriales, fibras musculares). En el siluro eléctrico, por ejemplo, el órgano eléctrico está servido por una sola fibra nerviosa que se fracciona millones de veces. Las fibras nerviosas divídense, según sus funciones, en tres grupos caracterizados: 1.º centrífugas, 2.º centrípetas y 3.º intercentrales.

Las centrífugas, por la clase de trabajos que su excitación promueve en los centros motores, se denominan: *a*, fibras motrices, ó sea aquellas á cuya excitación sigue la contracción muscular, llamándose nervios vasomotores á los que aparecen en la musculatura de los vasos sanguíneos y distinguiéndose entre ellos los vaso-constrictores y los vasodilatadores, según que su excitación contraiga ó dilate los vasos sanguíneos; y *b*, fibras se-

cretoras, cuyo órgano terminal periférico es una célula glandular que, al excitarse, estimula la secreción del órgano.

Las fibras centrípetas transmiten las excitaciones de los órganos terminales orgánicos al centro, y ó bien producen sensaciones en el centro mismo ó bien transmiten la excitación que á éste es comunicada, á las fibras centrífugas, es decir, á las motrices y secretoras; en el primer caso se dice que las fibras son sensibles; en el segundo, que son reflectoras ó excitomotrices.

Las fibras nerviosas sensibles se dividen: 1.º en fibras sensibles comunes cuya excitación produce sensaciones generales, como por ejemplo, el dolor; y 2.º en nervios de los sentidos, es decir, aquellos que al ser estimulados provocan sensaciones específicas, como las de ver, oír, oler, etc. Las fibras reflectoras transmiten su excitación á las motrices ó á las secretoras: en el primer caso tenemos los movimientos reflejos y en el segundo las secreciones reflejas.

Las fibras intercentrales son las que ponen

en comunicación á los aparatos nerviosos centrales entre sí.

A este número pertenecen las del encéfalo y de la médula, las del nervio simpático, etc.

La excitación de las fibras nerviosas no sólo produce ó sostiene una actividad, sino que, además, hay fibras que ejercen una función reguladora y que al excitarse retardan ó detienen una actividad: á estas fibras se las llama de inhibición. Así, por ejemplo, sin la presencia de las fibras de inhibición procedentes del tronco del décimo nervio encefálico (*n. Vagus*) nuestro corazón se dispararía.

Enfrente del sistema nervioso animal encontramos aquella parte del sistema nervioso que regula las actividades involuntarias de la llamada vida vegetativa y que se designa con el nombre de sistema nervioso simpático ó simplemente nervio simpático. Los nervios que á él pertenecen se ramifican principalmente en las vísceras. A cada lado de la columna vertebral extiéndese un cordón, el llamado cordón limitante del simpático: consiste en una cadena de ganglios, está enla-

zado de vértebra á vértebra con los nervios medulares vecinos por medio de un nervio fino y termina en el coxis.

Del cordón limitante arrancan los nervios periféricos del simpático, los cuales se unen cerca del intestino grueso, formando plexos en los que hay alojados multitud de pequeños ganglios.

Uno de estos plexos singularmente grande es el *plexus solaris*, situado inmediatamente debajo del diafragma.

Los nervios cardíacos del simpático en los vertebrados superiores tienen su origen en el cuello. También en la cabeza hay ganglios y plexos simpáticos, por ejemplo en las glándulas salivales y lacrimales.

Como esos nervios ponen en actividad los músculos de las paredes de los vasos sanguíneos, denominándose entonces nervios vasculares, con su acción estrechan la anchura de las mismas y tienen por consiguiente gran influencia en el aflujo de la sangre y por ende en la nutrición de esos órganos.

CAPÍTULO V

FUNCIONES DE LOS NERVIOS

Hablemos ahora de la misión y de los servicios de los nervios. Las investigaciones anatómicas comparadas, demuestran que en la escala zoológica las aptitudes intelectuales alcanzan tanto mayor desarrollo cuanto más desarrollada está la masa encefálica; y de las observaciones hechas junto al lecho de los enfermos, resulta que el curso normal de las funciones anímicas está asimismo relacionado con la integridad del encéfalo. Finalmente, los experimentos fisiológicos han confirmado que el encéfalo debe ser considerado como el órgano principal de la actividad del alma.

Con el nombre de alma comprendemos el conjunto de todas las representaciones de un organismo, pues no ha de ser objeto de la presente investigación la esencia de aquélla sino su cooperación en los procesos materiales, como por ejemplo la excitación de las vías nerviosas motrices ó sensibles.

Merced á experimentos apropiados y merced también á las observaciones hechas en casos de lesiones ó enfermedades del encéfalo, se han descubierto puntos determinados, á cuya excitación sigue un movimiento (centros motores) y cuya destrucción produce una parálisis.

Más difícil es el descubrimiento de los centros sensitivos.

Hasta ahora no se han podido determinar con seguridad los centros de los sentidos del olfato, del gusto y del oído; los del lenguaje se conocen más exactamente.

Numerosas observaciones han demostrado que existen centros propios para los movimientos de la articulación del lenguaje y para la concepción de los sonidos de éste.

La afasia, ó sea la cesación ó perturbación de la facultad de hablar, la dificultad de pronunciar las sílabas, etc., y la agrafía, ó cesación de la facultad de escribir, están relacionadas con lesiones perfectamente determinadas de las circunvoluciones frontales; al paso que la sordera de palabras, es decir, perturbación en la percepción de éstas, y la ceguera de palabras ó imposibilidad de entender los signos con que las mismas aparecen escritas, únicamente se presentan en las afecciones de la circunvolución temporal.

Los llamados ganglios cerebrales no sólo están en comunicación con la substancia gris de la médula oblongada y de la médula espinal, y por consiguiente, con la periferia del cuerpo, sino que también con los órganos superiores de los sentidos.

Estas comunicaciones aseguran á la actividad de la médula espinal un carácter determinado que se manifiesta en la coordinación de los movimientos; además, atribúyese á los ganglios cerebrales la propiedad de ordenar las sensaciones que se deduce al observar

que una lesión en esos ganglios provoca aquellos característicos movimientos violentos que se conocen con el nombre de *tour de manège*.

Respecto del cerebelo, al que antiguamente se atribuían erróneamente funciones psíquicas, sábese ahora que tiene capital importancia para la regularidad de los movimientos del cuerpo.

En cuanto á las funciones de los doce nervios encefálicos se han patentizado acerca de ellas hechos positivos cuyo examen en este lugar nos llevaría demasiado lejos.

Por lo que hace á la rapidez de las funciones cerebrales, merece consignarse que ni los más sencillos procesos psíquicos son instantáneos; así, por ejemplo, la promoción de una sensación de tacto exige aproximadamente $\frac{1}{7}$ de segundo, la de una sensación de vista $\frac{1}{5}$ y la de una sensación de gusto de $\frac{1}{5}$ á $\frac{1}{6}$ de segundo.

Si estudiamos las propiedades fisiológicas de la médula espinal, veremos que no sólo obra como intermediaria entre el encéfalo y

los nervios medulares sino que es, hasta cierto punto, un órgano independiente.

La aparición de movimientos conformes y regulares en ciertos experimentos hechos con animales, sólo abona la facultad de este órgano como asiento de los llamados reflejos ordenados que se han podido ir observando á medida que se efectuaba cada sección. Todo movimiento reflejo cesa, si se separan la médula espinal y el encéfalo.

En la médula espinal hay, además, centros vaso-motores, que mantienen constantemente en un estado de contracción moderada las paredes elásticas de los vasos sanguíneos (tonicidad de los vasos), centros secretores y aparatos automáticos.

Poco se sabe todavía acerca de las vías conductoras motrices y sensibles de la médula.

Por lo que hace á las modificaciones de la actividad de los nervios, pueden distinguirse, según la propiedad peculiar de estos órganos, tres estados: 1.º de reposo, 2.º de extinción y 3.º de actividad, los tres debidos á diferen-

cias en la variación de substancia del nervio, diferencias acerca de las cuales apenas sabemos otra cosa sino que el nervio al morir presenta una reacción ácida.

Llámase excitabilidad la propiedad que tiene el nervio de ponerse en estado de actividad bajo ciertas influencias que se denominan estímulos.

El estudio de esta excitabilidad de los nervios es de suma importancia para la medicina práctica, porque precisamente gracias á ella se consigue producir en toda la región de las vías motrices y sensibles y, por su enlace con éstas, en los plexos del nervio simpático, las mayores manifestaciones de actividad que pueden ser utilizadas en el sentido de los esfuerzos encaminados á obtener una curación. La provocación de este estado es independiente de la composición química normal del nervio, pero está enlazada con la comunicación de éste, con un aparato central nervioso. Cortada esta comunicación, la excitabilidad en un principio aumenta, pero luego disminuye hasta extinguirse por com-

pleto. La inactividad continuada de un nervio mengua su excitabilidad y puede ser causa hasta de la degeneración de aquél.

El exceso de actividad produce cansancio y disminución de la excitabilidad.

El descanso restablece el estado normal. Los excitantes de los nervios pueden ser de índole química, térmica ó eléctrica.

Todas las influencias que modifican en cierta medida ó con cierta rapidez la composición normal del nervio, deben considerarse también como excitantes nerviosos. La simple supresión del agua obra como excitante poderoso; son también excitantes los ácidos minerales, el ácido lácteo, las sales metálicas, los alcalinos, la glicerina, el alcohol, el éter, la bilis, etc.

La mayor parte de los excitantes químicos aniquilan la excitabilidad.

Todas las conmociones mecánicas del nervio que se producen con cierta rapidez y con cierta fuerza obran mecánicamente como excitantes.

Si se deja que un cierto número de exci-

tantes mecánicos obren con bastante rapidez uno en pos de otro sobre el nervio, el músculo se pone en contracción tetánica.

Los cambios bruscos de temperatura, lo mismo de frío que de calor, producen excitaciones térmicas.

Una corriente eléctrica constante ejerce una influencia especial y muy detalladamente estudiada en la excitabilidad del nervio.

Si se conduce una corriente constante á lo largo de un nervio en una extensión cualquiera, el nervio todo se pone en un estado en el cual aparecen modificadas de un modo particular sus condiciones de excitabilidad.

A este estado del nervio se le da el nombre de electrotonus (katelectrotonus y anelectrotonus): entre ambos hay un punto de indiferencia y aquende y allende los mismos la excitabilidad disminuye ó aumenta.

Obsérvanse, además, en el nervio fenómenos eléctricos que tienen gran semejanza con los del músculo: en efecto, si se pone en comunicación un galvanómetro con una sección longitudinal natural y con una sección trans-

versal artificial de un nervio no anestesiado todavía, se patentiza la presencia de una corriente eléctrica que obedece á las mismas leyes que la corriente muscular. La fuerza electro-motriz alcanza su grado máximo en el estado de reposo.

El fenómeno de que un estímulo aplicado á cualquier punto del nervio, produce una modificación en los órganos terminales correspondientes, demuestra una transmisión de la excitación por conducto de las fibras nerviosas. De aquí que se hable de una propiedad conductriz de los nervios.

La fibra nerviosa conserva esta propiedad mientras su cohesión no se halla interrumpida en ningún sitio; pero si esta interrupción se produce, el estímulo no puede pasar del punto lesionado. La excitación nunca pasa á una fibra nerviosa cercana; la conducción de cada fibra nerviosa es completamente aislada y la excitación sólo se transmite á las fibras estimuladas.

La conductibilidad de los nervios se ejerce generalmente en una sola dirección, distin-

guiéndose, en su consecuencia, las fibras nerviosas de conductibilidad centrípeta y centrífuga. Sin embargo, no hay que deducir de esto que existe una diferencia de principio y que cada fibra no puede ser conductriz más que en una dirección; por el contrario, es muy probable la existencia de una propiedad conductriz en dos sentidos.

La excitación se transmite con una velocidad mensurable: la velocidad media en el nervio ranino es de 26'4 milímetros por segundo.

CAPÍTULO VI

NOCIÓN DE LA ENFERMEDAD EN EL SENTIDO POPULAR Y EN EL CIENTÍFICO

Vamos ahora á hablar de los padecimientos nerviosos ó enfermedades de los nervios.

Pero antes nos parece que no será superfluo formarnos un concepto claro de la noción de enfermedad.

Antiguamente se consideraba, y aún hoy en día consideran algunos, la enfermedad como algo extraño á nuestro organismo que invadía el cuerpo humano y le provocaba á la lucha cual si de un enemigo se tratara.

Como consecuencia de esta concepción (ontológica), cada fenómeno natural que significa para nosotros un peligro (terremotos,

volcanes, rayos, granizo, lluvias torrenciales, etc.), había de ser calificada como acción hostil de poderes invisibles dirigida contra nosotros.

Con esta opinión concuerda la de ciertos famosos médicos naturalistas que definen la enfermedad, en su esencia, como un proceso que produce las llamadas materias morbosas ó extrañas, las cuales se apoderan del cuerpo y especialmente del abdomen y desde allí ascienden como agentes de fermentación (*Zymosis*) ó bacilos á la cabeza en donde pueden ser descubiertos por los fisiognomistas y de donde pueden ser expelidos por el prepucio.

Según esta teoría, la enfermedad vendría á ser como un grano de arena que á modo de cuerpo extraño detuviera mecánicamente el rodaje de nuestro cuerpo; pero en este caso ¡cuánto más fácil sería distinguirla con la lente!...

Los tragadores científicos de bacilos (PETTENKOFER, etc.) demuestran por el contrario que la introducción en el cuerpo humano de productos morbosos realmente visibles es de

todo punto inofensiva. La historia, conocida hasta la saciedad, del bacilo del tubérculo, enseña cuán complicada es la investigación de la esencia de la enfermedad. Dada la dificultad ó, mejor dicho, imposibilidad de presentar una definición precisa de la noción enfermedad, porque en los fenómenos de la vida no siempre existe un límite marcado entre el estado sano y el estado enfermo (indisposición y enfermedad) y porque las leyes en virtud de las cuales transcurren los procesos morbosos, son las mismas que rigen en el proceso normal, corresponderá mejor á los principios de una concepción objetiva aquella teoría que no considera la enfermedad como algo extraño que invade el cuerpo, sino como una desviación de alto grado del proceso normal de la vida, cuyo asiento ha de buscarse en las células.

Según esta teoría, la esencia de la enfermedad estriba en una alteración del estado normal de las células del tejido que afecta bien á la función, bien á la nutrición de las mismas ó á ambas cosas á la vez. Las causas

inmediatas y directas de estas alteraciones se considera que son las excitaciones, las cuales según su modo de obrar sobre el tejido, se dividen en mecánicas, químicas, eléctricas y térmicas (calor, frío). Como elementos característicos en cada caso aislado aparecen, además, la violencia y la intensidad de la excitación y la fuerza innata en el organismo viviente que trabaja, aun en las circunstancias más difíciles, por su conservación, la aptitud del tejido para reaccionarse, la resistencia de todo el cuerpo, la constitución. Como no todos estamos dotados de una vista profética debidamente educada, para comprender y diferenciar entre sí por la sola fisiognomía y sin más datos que la identidad del hombre enfermo con la enfermedad, los distintos cuadros morbosos, debemos establecer ante todo una clasificación metódica que se refiera á la modificación funcional y á la modificación anatómica, juntas ó separadas, de los diversos órganos.

Ya se comprenderá que esto presupone por lo menos conocimientos anatómicos y fisioló-

gicos, sin los cuales apenas se conciben «la medicina sin médico,» «la medicina natural,» ni siquiera la que orgullosamente se denomina «nueva medicina,» pues el saber y el poder han sido siempre nociones correlativas.

Sólo un conocimiento congruente de la alteración que á nuestra vista se ofrece puede darnos en este terreno la clave de la verdad y del valor de los distintos métodos de tratamiento; sin él, toda afirmación degenera en palabrería vana é inútil. Precisamente la estructura delicada del tejido nervioso hace á menudo que se presenten importantes modificaciones de la función del mismo, sin que pueda apreciarse la existencia de signos anatómicos.

Una de las alteraciones, cada día más frecuentes en el presente siglo, de todo el sistema nervioso, es decir, del encéfalo, de la médula, del sistema nervioso periférico y del simpático, es la que se presenta sin que pueda demostrarse la existencia en el encéfalo ó en los nervios de una inflamación ó de otra modificación anatómica cualquiera como sucede

en las enfermedades nerviosas admitidas por la clasificación científica. A menudo hácese sumamente difícil el distinguirlas; así, por ejemplo, algunos casos de temblor nervioso pueden fácilmente confundirse con el temblor que se presenta en los comienzos de la parálisis encefálica; así también los lamentos que produce una digestión alterada son tan parecidos á los fenómenos de las enfermedades gástricas é intestinales que sólo una investigación muy minuciosa puede establecer los límites entre unos y otros. Para esta larga serie de fenómenos morbosos se han elegido los nombres de neurastenia, neurosismo, debilidad nerviosa, con los cuales se quiere indicar que todos estos padecimientos no descansan en modificaciones realmente anatómicas ó substanciales sino sobre alteraciones en la nutrición del sistema nervioso, de lo cual se deduce, como conclusión más importante que todos aquellos accidentes, con frecuencia aparentemente desconsoladores, pueden desaparecer mediante un tratamiento apropiado de los nervios.

En muchos casos, tenidos por incurables, y considerados como cáncer en el estómago (cardialgia nerviosa), ceguera (astenopia nerviosa), lesiones del corazón (neurosis simpática), padecimientos de la médula (neurastenia espinal, etc.), se ha logrado una curación radical por haber sido conocidos exactamente y racionalmente tratados ó por haberse restablecido la normalidad mediante un régimen oportuno y el tratamiento por el agua.

Dadas la naturaleza y la extraordinaria extensión de este mal producido no sólo por el exagerado esfuerzo que se exige á las aptitudes intelectuales y físicas de las clases elevadas de la sociedad sino que también por las escases materiales y por los cuidados de la existencia en las capas inferiores y menos acomodadas del pueblo, por la falta de alimento en los trabajos corporales rudos, por los disgustos y el abatimiento, por la sobreexcitación hija de los placeres sensuales, por el alcohol y el tabaco ó por otros medios que obran á modo de los llamados venenos nerviosos, dadas la naturaleza y la extensión de

ese mal, decimos, tienen fácil explicación la fama y el secreto de tantas curas maravillosas, de tantos hombres asombrosos... ¡Cuántas veces esta explicación está simplemente en la conocida frase de Lessing! El conocimiento exacto de las enfermedades nerviosas no es, por consiguiente, cosa fácil.

En su concepto más lato comprenden estas enfermedades todas las del encéfalo, de la médula, del simpático y de los nervios periféricos, excepción hecha de las enfermedades mentales, que hasta en el lenguaje vulgar se distinguen de aquéllas; en su acepción estricta sólo se entienden por tales las anomalías de los nervios sensorios y motores ó sean las neurosis; pero como los síntomas, por ejemplo el dolor, la convulsión, la parálisis, aparecen lo mismo en la enfermedad de los órganos centrales que en las afecciones nerviosas locales, hácese también en este punto muy difícil decidir en la mayoría de los casos.

No debe ser, como se comprenderá, nuestra misión en este libro enumerar los infinitos y delicados síntomas por los cuales pueden

distinguirse unas de otras estas enfermedades; tampoco podemos ni siquiera bosquejar los cuadros nosológicos de cada una de ellas. Únicamente expondremos algunas indicaciones generales.

Las enfermedades del encéfalo se manifiestan ó por una actividad exagerada (fenómenos de excitación) ó por una depresión de funciones (parálisis del encéfalo).

Según las distintas localidades afectadas, una excitación en determinada región de la corteza encefálica (substancia gris) producirá fenómenos psíquicos de gran intensidad (ilusiones, alucinaciones, demencia, delirio furioso); al paso que la excitación de los centros motores originará movimientos anormales (epilepsia, convulsiones, rigidez muscular, espasmo de la nuca, corea, etc.). Si la enfermedad encefálica se manifiesta por parálisis, ésta puede presentarse asimismo como perturbación de la inteligencia (imbecilidad, miedo, melancolía) ó como parálisis de los músculos (parálisis, paresia, parálisis de la vejiga, parálisis facial, parálisis cardíaca, etc.).

Como algunas veces las inflamaciones y los neoplasmas tienen su origen en las meninges ó en los ventrículos cerebrales ó en los huesos del cráneo, y determinan los mismos síntomas que los que se presentan en la substancia encefálica nerviosa, muchas veces resulta en extremo difícil decir á qué causa obedecen.

Á menudo sucede que una inflamación ó un parásito (cisticercos) producen al principio fenómenos de excitación y cuando queda destruída la substancia nerviosa ocasionan una parálisis.

La meningitis, que se presenta bajo diversas formas y que los profanos califican comunmente de fiebre cerebral, no debe en manera alguna confundirse con ésta por su carácter particular, por la diferencia de causas determinantes y por las modificaciones anatómicas.

Las enfermedades de la médula ocasionan, de una parte, fenómenos de excitación, dolores, convulsiones, y, de otra, parálisis en las regiones servidas por los nervios medula-

res, tales como brazos y piernas, músculos del tronco, vejiga, etc.

La mielitis puede ser una enfermedad independiente ó continuación de una meningitis: sus síntomas son generalmente convulsiones y luego parálisis de las regiones cuyos nervios tienen sus raíces en la porción enferma del canal medular.

Las formas agudas de estas enfermedades son tan peligrosas que su curación es una verdadera rareza; la forma crónica, cualquiera que sea su causa, es siempre una amenaza contra la existencia.

CAPITULO VII

ENFERMEDADES MÁS IMPORTANTES DEL SISTEMA NERVIOSO Y DEL DESENVOLVIMIENTO PSÍQUICO DE LOS NIÑOS

Al abordar el tema propio de este libro, *enfermedades nerviosas de los niños*, hemos de hacer constar ante todo, que así el encéfalo como la médula del recién nacido apenas se diferencian en su forma exterior de los del adulto.

Las circunvoluciones cerebrales son más lisas, los surcos menos hondos, la consistencia pulposa, blanda, á consecuencia de la gran cantidad de agua, y las substancias blanca y gris difíciles de ser distinguidas una de otra: esta diferencia de colores aparece más

clara en la médula espinal y en la médula oblongada, que también tienen mayor solidez y consistencia.

El encéfalo crece rápidamente en los primeros tiempos, aproximadamente hasta el fin del segundo año; las circunvoluciones se elevan, los surcos se ahondan y se establece una marcada distinción entre la sustancia blanca y la gris. Mayores diferencias que en la forma exterior ofrecen las funciones fisiológicas del encéfalo y de sus distintas partes en el recién nacido: la diferencia esencial estriba en el predominio de los actos reflejos sobre los movimientos voluntarios, predominio que tiene su fundamento anatómico en la torpeza de los centros y vías de conducción correspondientes á estos últimos.

Poco á poco alcanzan estos centros su sensibilidad á las excitaciones y su función regular (aislada), merced á lo cual en vez de los movimientos inoportunos, torpes y sin objeto, y de los movimientos incoordinados del recién nacido y de los niños de muy tierna edad, entran en actividad la represión

moderadora de los reflejos y la inervación voluntaria consciente. Las extremidades superiores primero, la cabeza después y finalmente las extremidades inferiores van paulatinamente sometiéndose á la influencia de la voluntad.

Acerca del desarrollo funcional de los órganos superiores de los sentidos, haremos las siguientes observaciones.

El recién nacido no puede, durante la primera semana, ver en el verdadero sentido de esta palabra: al principio sólo distingue la claridad y la obscuridad, y únicamente percibe la sucesión de una á otra, cuando una gran parte del campo de su visión está iluminado ó envuelto en sombra. En los primeros meses la distinción de colores es muy imperfecta: los primeros que conoce con exactitud son el amarillo y el encarnado y las sensaciones del blanco, del gris y del negro; hasta mucho después, pocas veces antes de los dos años, no distingue el verde y el azul, pues los movimientos del ojo no son coordinados ni asociados sino principalmente atípicos

y sólo poco á poco estos movimientos atípicos son sustituidos por los simétricos. La fijación de la mirada y la vista se desarrollan muy lentamente. Al principio el niño tiene los ojos fijos en el vacío, luego los mueve de un objeto á otro: entonces comienza á mirar y á examinar, con lo cual se establece la acomodación. La operación más larga es la de explicarse lo que ve; así por ejemplo, hasta los tres ó cuatro años no conoce completamente la tercera dimensión del espacio. En cambio desarróllase en él muy pronto la facultad de reconocer á las personas y los objetos conocidos.

Por lo que hace al oído, debemos decir que el recién nacido es sordo, primero porque antes de la respiración falta el aire en el oído medio y después porque el conducto auditivo exterior no está expedito y porque el tímpano está muy inclinado. Al final de la primera semana se observa el parpadeo característico del ojo, después de un ruido repentino y prolongado, y en los primeros meses ya percibe distintamente las voces graves y al-

tas, los cantos y las conversaciones así como la dirección del sonido; en cambio hasta los nueve meses por lo menos no reconoce los sonidos del piano.

Muchos niños aprenden á cantar antes que á hablar y todos distinguen los sonidos del lenguaje antes de que puedan producirlos por sí mismos. Andando el tiempo, acentúanse cada vez más la superioridad del oído sobre los ojos y ya después del primer año las excitaciones del nervio acústico contribuyen mucho más que las del nervio óptico al desarrollo intelectual.

El recién nacido no puede, según todas las probabilidades, oler porque tiene las fosas nasales llenas de agua amniótica. Sin embargo, muy pronto distingue perfectamente las diversas clases de leche, de suerte que á fines del primer año no sólo puede gustar sino que probablemente también oler.

De todas las funciones sensorias el gusto es la que está más desarrollada en el recién nacido, el cual distingue en seguida lo dulce

de lo amargo, ácido y salado y hasta siente la acidez de una manera distinta que el amargor.

Los experimentos sobre el desarrollo del habla, los sonidos primarios y los comienzos del lenguaje son en extremo interesantes, pero no podemos entretenernos en detallar los resultados de los mismos.

Entre los siete y los ocho años el encéfalo y el sistema nervioso han alcanzado su forma y su desarrollo definitivos.

Si examinamos la serie de enfermedades que atacan el sistema nervioso antes y después de este período hasta el ingreso en la pubertad, podemos afirmar ante todo, que en la niñez hay una gran disposición para ciertas afecciones de las partes así centrales como periféricas del sistema nervioso, y que estas afecciones traen consigo peligros inevitables especiales debidos en su mayor parte al poco vigor de estos órganos. No hemos de llamar la atención acerca de la importancia que tienen estos hechos, á causa de la grandísima influencia que ejercen sobre todos los fenóme-

nos que hemos estudiado en el capítulo primero de este libro.

Nuestra misión debe ser demostrar formalmente esta importancia basándonos en la experiencia.

La patología de los nervios nos da en este punto explicaciones valiosas y al mismo tiempo ocasión para combatir eficazmente este mal de tan graves consecuencias.

De sus resultados se desprenden los dos siguientes hechos:

Primero: que de todos los órganos centrales, la substancia del encéfalo es, junto con las meninges, la que origina las enfermedades más frecuentes, más graves y de peores consecuencias; que, dejando aparte las afecciones originarias de la médula y la parálisis mielítica infantil, de la que describiremos minuciosamente un caso más adelante, la médula es atacada con mucha menos frecuencia; y que de las neurosis (anomalías de los nervios sensitivos y motores), las que más en primer término aparecen son las alteraciones en la esfera de los movimientos.

Segundo: que ó bien aquellas enfermedades y gérmenes de muerte se transmiten en las familias de vicio hereditario probado á los individuos faltos de resistencia, ó una generación nueva y originariamente débil ofrece terreno abonado para las mismas. Los métodos curativos hasta ahora empleados son, por regla general, ineficaces.

No cabe dentro de los límites de esta obra examinar todos los procesos; lo único que podemos hacer es indicar, en breves términos, las anomalías más notables y relacionarlas con los sistemas terapéuticos que á intervalos han prevalecido y con opiniones médicas cuya discusión constituye el verdadero objeto del presente libro.

Por esto estudiaremos esta materia por grupos, citando de la gran serie de enfermedades encefálicas el elemento que ocasiona las afecciones más frecuentes en la infancia y que el vulgo suele denominar «fiebre cerebral.»

El poderoso influjo de la herencia en ningún otro caso aparece más patente que en

éste, así como la impotencia de todas las prescripciones médicas hasta ahora empleadas.

Esta enfermedad, conocida también con el nombre de hidrocefalia aguda, se desarrolla á consecuencia de una inflamación producida por la erupción de tubérculos miliares en la *Pia mater*, inflamación que está localizada en la base del encéfalo y que casi siempre va unida á un derrame en los ventrículos cerebrales, por lo que debe ser designada como meningitis tuberculosa.

Esta enfermedad es muy común en la infancia y ataca principalmente á los escrofulosos y tuberculosos, unas veces á niños al parecer bien nutridos, otras, las más, á los más ó menos flacos y principalmente á las criaturas de uno á cuatro años. Con cierta frecuencia la tendencia al sopor es producida por una lesión en la cabeza ó por un esfuerzo intelectual excesivo. En algunas familias tuberculosas enferman de meningitis muchos hijos y á veces todos; en otras los primogénitos preferentemente.

El pronóstico en esta enfermedad ha de

ser necesariamente de muerte: las curaciones constituyen excepciones rarísimas, y esto prescindiendo todavía de que sólo son aparentes.

El tratamiento hasta ahora empleado no ofrece naturalmente esperanza alguna de éxito.

Ningun fenómeno indica tan claramente el grado de debilidad del sistema nervioso de los niños como aquel que precisamente es de más fácil observación para el vulgo, que es conocido con el nombre de eclampsia y que se instala como huésped desagradable en tantas habitaciones de niños. Con aquel nombre se designan unas convulsiones parciales ó generales que se presentan ora en un ataque aislado ora en ataques repetidos y por regla general de repente, cuya duración suele ser de algunos segundos ó minutos y á veces más y á las cuales acompaña siempre la pérdida del conocimiento. Esta clase de accidentes son muy frecuentes en los niños, sobre todo dentro del primer año, y están especialmente predispuestos á ellos los que padecen debili-

dad general (raquíticos), los nerviosos, hijos de padres que en su infancia padecieron también de convulsiones ó de eclampsia (naciones idénticas á este fenómeno): en tales familias todos los hijos padecen de ataques eclámpicos. Las convulsiones, en su esencia no deben ser consideradas como enfermedades independientes, sino como síntoma que por conducto de la excitabilidad directa ó refleja de ciertas partes del cerebro suele presentarse al comienzo, en el transcurso ó al final de otras enfermedades. Por lo mismo las causas determinantes de la eclampsia pueden ser diversas: entre las causas de excitación más directas cuéntanse todas las enfermedades febriles agudas en su principio, especialmente las infecciones, la pulmonía, la pleuresía, la angina, las intermitentes, etc. Al mismo número pertenecen también las convulsiones producidas por el alcohol, por los narcóticos, por las insolaciones, por las influencias psíquicas (terror, miedo), y las que se observan en los comienzos de todas las afecciones centrales (meningitis, mielitis, etc.). La excita-

ción de los nervios sensibles, por virtud de la acción refleja, origina convulsiones en varias enfermedades, siendo las más frecuentes de éstas las afecciones del aparato digestivo (catarro gástrico y catarro intestinal, cólicos, vermes intestinales, pólipos en el recto, alteraciones del ama), las del genital (irritación de la vejiga, cálculos de la vejiga y de los riñones), del respiratorio (tos violenta, espasmo de la glotis, cuerpos extraños en la nariz) y las cutáneas (heridas, flegmasías dolorosas, vacunación): también se presentan esas convulsiones con alguna frecuencia en la dentición y muy á menudo al final de ciertas enfermedades generales ó particulares (raquitismo, nefritis).

Por lo que toca al término de estas convulsiones, puede producirse la muerte por espasmo de los músculos respiratorios, siendo especialmente peligrosos los espasmos que acompañan á la tos férina ó se presentan en la glotis. La curación depende de la enfermedad que las determina.

De las enfermedades del organismo infan-

til pertenecientes á esta serie (corea, tétanos, sobresaltos nocturnos, etc.), únicamente nos ocuparemos de la que más directamente interesa á nuestro trabajo, de la más importante, que por desgracia es harto bien conocida, y que lo mismo el vulgo que los hombres de ciencia designan con el nombre de epilepsia.

Esta enfermedad se desarrolla prematuramente y constituye uno de los fenómenos más tristes y á menudo más horribles en el vasto campo de las afecciones nerviosas.

Con frecuencia se la confunde con las convulsiones infantiles menos peligrosas y algunas veces acontece también que niños corpulentos, más inclinados que los adultos á la imitación, simulan un estado semejante, ó que se presentan en ellos ataques histéricos (histero-epilepsia).

Con el nombre de epilepsia se designa una enfermedad producida por alteraciones de los órganos centrales hasta ahora desconocidas, á menudo originarias y permanentes, cuya sintomatología se caracteriza por paro-

xismos en forma de ataques, á menudo repetidos con pérdida del conocimiento y convulsiones musculares.

La epilepsia es especialmente hereditaria y como á tal transmítese en las familias en que está vinculada, aun cuando no á todos los descendientes y á veces saltando una generación. Preséntase en todos los períodos de la infancia completamente desarrollada y aun congénita y hasta en los niños de pocas semanas ó de pocos meses. Lo más común, sin embargo, es que se mantenga latente y que no se desarrolle hasta cerca de la pubertad.

El alcoholismo de los padres, deformidades craneales congénitas, enfermedades mentales, histerismo, vicios neuropáticos de aquéllos son causas primordiales de las formas congénitas. La enfermedad estalla á menudo á consecuencia de afecciones de ánimo (terror intenso), de excesos corporales ó intelectuales, de padecimientos febriles agudos (enfermedades infecciosas). La epilepsia puede también adquirirse.

Las afecciones cerebrales producidas por causas anatómicas, tales como golpes en el cráneo, neoplasmas (tubérculos), exudaciones, abscesos, etc., que afectan especialmente á una región determinada del cerebro pueden originar una epilepsia verdadera.

El lazo de unión entre aquellas afecciones y esta enfermedad, lo constituye, en muchos casos, la llamada epilepsia de Jackson, y se observa que los ataques parciales característicos de la epilepsia conocida con el nombre de medular van tomando poco á poco los caracteres de la epilepsia propiamente dicha.

La epilepsia de Jackson ó cortical se manifiesta por la aparición de convulsiones parciales que se presentan en determinadas regiones musculares.

Estas convulsiones son tónicas ó clónicas, y raras veces oscilantes (*tremores*), é interrumpidas por convulsiones aisladas. Su propagación se realiza según el agrupamiento anatómico de los diversos centros motores: comienzan, por ejemplo, en el brazo (por el dedo pulgar), se extienden ascendiendo hasta

la cara, ó viceversa, y pasan luego á las piernas. Muchas veces se circunscriben á los músculos del ojo en la forma de desviación conjugada. Á menudo las convulsiones parciales ó de medio lado pasan al otro lado del cuerpo, degenerando entonces en convulsiones generales. El curso y término de las mismas varían según la naturaleza de la enfermedad cortical que las motiva. La curación no es rara especialmente cuando la causa de la enfermedad han sido lesiones ó sífilis; en otros casos (tubérculos, neoplasmas) sobreviene la muerte, y en otros la epilepsia cortical se convierte en verdadera epilepsia.

Como forma de epilepsia especial debe mencionarse también la refleja ó sean los ataques producidos por cuerpos extraños (astillas, etc.), ó por presión (ganglios hinchados) de los nervios periféricos, por neoplasmas en los mismos, por callosidades, cicatrices, etc.

Las convulsiones características de la verdadera epilepsia son, en su aspecto externo, sumamente parecidas á las eclámpticas: por regla general van precedidas de una

cierta sensación (*aura*) que se describe como soplo de aire frío que penetra en todo el cuerpo y especialmente en la espalda; siguen luego dolores de cabeza, vértigos, parpadeos, zumbidos, opresión, etc., que anuncian la proximidad de la explosión. Los primeros síntomas del ataque son: una mirada huraña y un grito penetrante, después de los cuales los niños caen al suelo sin sentido y las convulsiones empiezan. La pérdida del sentido y la cesación de todos los reflejos son los síntomas más seguros del ataque. Los paroxismos sueltos duran generalmente un minuto y se repiten una ó dos veces á la semana, en algunos casos diariamente y hasta varias veces al día. Con frecuencia los ataques sólo se presentan de noche.

Á ese grado de epilepsia se le da el nombre de «mal mayor.»

En contraposición á estos ataques caracterizados hay otras formas de esta enfermedad ligeras, rudimentarias que constituyen el «mal menor» y que consisten en un vértigo pasajero ó en una suspensión del movimiento:

estos ataques alternan á veces con los otros ó se presentan solos y apenas duran medio ó un minuto, pero se repiten con frecuencia en un mismo día.

En los niños no se observan á menudo los ataques graves que se prolongan durante muchas horas ó días (*status epilepticus*, «estado de mal»).

El curso de la verdadera epilepsia es crónico y dura muchos años y aun toda la vida.

Con la edad disminuye generalmente la frecuencia de los ataques, que presentan entonces muchas oscilaciones, no sólo en punto á frecuencia sino á su carácter. Los esfuerzos mentales, la falta de régimen (estreñimiento), el onanismo y las emociones son perjudiciales en este estado.

Algunas veces los ataques desaparecen durante las enfermedades febriles. La pubertad unas veces influye beneficiosa y otras perniciosamente en ellos. La curación es muy rara, pero en algunos casos los niños se han curado: más común es que esos ataques ter-

minen por una imbecilidad gradual ó por otras perturbaciones mentales y es frecuente también que duren toda la vida, si alguna otra enfermedad no pone término á la existencia del que los padece.

Asimismo se observan en los niños ciertas perturbaciones calificadas de equivalentes epilépticos psíquicos que se presentan á modo de ataques y durante los cuales cometen aquéllos, actos extraños (hurtos, incendios, etc.), de los que luego no se acuerdan. En los intervalos lúcidos el estado de salud del niño es, durante cierto período, completamente normal, física y moralmente; pero en posteriores estadios de la enfermedad, la inteligencia se embota y debilita y se modifica el carácter hasta que aparece la imbecilidad.

La suerte de estas criaturas condenadas á los más funestos efectos de la epilepsia, justifica, dada la conexión íntima que entre ellas existe, que repitamos aquí algunos de los puntos de vista característicos acerca de las perturbaciones anímicas en la edad infantil.

Partiendo del proceso normal del desenvolvimiento del alma del niño, encontramos en el análisis de los fenómenos psíquicos fundamentales los dos hechos siguientes:

I. La cooperación del alma en los procesos materiales de nuestro organismo, se verifica progresivamente.

II. Que el edificio de las funciones anímicas descansa sobre la acción de los reflejos.

Los primeros actos del niño son movimientos involuntarios, en parte sin objeto y en parte coordinados por herencia (motores sensibles y motores sensuales). Más tarde surge como tercer elemento la idea. De aquí se deduce para las formas de perturbación mental en los niños:

I. Que mientras no se han formado las ideas, no son posibles formas de estado cuyo carácter clínico se distingue por anomalías en la actividad del pensamiento:

II. Que, por consiguiente en los primeros años de la vida del niño, una perturbación de las funciones intelectuales (psicocerebrales) sólo puede manifestarse por modificaciones de

lo que aquél posee y por una perturbación de las vías comunicativas hasta entonces abiertas, es decir, por una afección de los centros superiores reflejos y de los centros primarios de percepción, por neurosis de movimiento convulsivo y por perturbación sensoria.

Ascendiendo en la serie evolutiva veremos, por consiguiente, que el cuadro patológico lo constituyen en primer término las convulsiones, las cuales revisten en su grado inferior la forma de calambres eclámpticos, después la de corea y finalmente, las más de las veces, son producidas por la epilepsia.

La eclampsia, mirada con tanta indiferencia, es á menudo la voz de alarma que indica la existencia, en los comienzos de una vida nerviosa, de una debilidad excitable y á menudo de una excitación cerebral inflamatoria lenta. Más tarde, cuando han pasado los primeros años de la vida y se han organizado en los correspondientes centros residuos de impresiones sensitivas, la excitación morbosa se presenta revestida de la forma de

una vida imaginativa indomable con gran tendencia á las alucinaciones.

Así son aquellos niños en extremo agitados que, á una exagerada excitabilidad afectiva, unen una memoria sensitiva lastimosamente extremada, que sueñan con todos los cuentos que oyen y que han de pensar á todas horas en todos los hechos posibles y absurdos de un mundo fantástico, mientras los reflejos, que contienen y dirigen, funcionan cada vez más perezosamente.

Parece como si, por una debilidad funcional de las regiones más centrales en donde se forman las imágenes, todo ó casi todo el trabajo del cerebro se circunscribiera á determinados sitios (ganglios sensoriales) y como si, á consecuencia de ello, se dejara sentir una influencia alucinadora en todos los actos intelectuales. Estos niños son con frecuencia considerados por los observadores superficiales como portentos de talento y de imaginación.

En cambio el fisiólogo, en el ejercicio deficiente de las vías reflejas y en el funciona-

miento parcial y exagerado de la actividad imaginativa, adivinará una disipación de la energía funcional nerviosa (cerebral), y el médico se formará idéntico concepto patológico con sólo observar la timidez excesiva de aquellas imaginaciones infantiles, su miedo extraordinario é inmotivado y su predisposición á las pesadillas nocturnas. Con frecuencia preséntanse también perturbaciones coreáticas en el aparato locomotor (corea, etc.), y á veces prodúcense pasajeros estados extáticos especialmente en los que se entregan al onanismo, vicio que aparece muy pronto en muchas de estas criaturas sobreexcitadas.

No son éstas, sin embargo, formas de la locura, pues para el desarrollo de ésta se requieren ante todo la existencia de un *yo*: imposible es determinar cuando el *yo* aparece, porque su aparición varía en cada individuo.

Mucho antes de que empiece la consolidación de la facultad imaginativa, y por ende mucho antes de que sea posible una infección de insensatez, las anomalías de la sensibilidad y de la vida impulsiva han comenzado á dejar

sentir su acción desnaturalizadora. La neurosis hereditaria es el terreno en que se desarrollan estas manifestaciones de una degeneración moral.

Análogo por completo al cuadro sintomático de este estado de degeneración en el adulto, puede presentarse en el niño un estado persistente de imbecilidad moral (locura moral), así como también raptos pasajeros peligrosos en los que atente contra sí mismo ó contra los demás (locura impulsiva). En algunos casos la inteligencia se desarrolla perezosamente; en otros, por el contrario, preséntase aquélla muy desarrollada ofreciéndose entonces un marcado contraste entre la inteligencia y el sentido moral: este último resulta incorregible, á lo menos con el empleo de los castigos ordinarios.

Unas veces este estado se traduce en terquedad y caprichos, otras en brutales resistencias á los padres y profesores, y algunas en violencias públicas y en actos de repugnante cinismo especialmente de índole sexual. Sigue luego, por regla general, el impulso de

cometer acciones criminales y de observar una conducta insensible y á menudo perversa del todo, impulso nacido de una fuerza sombría é irresistible que se eleva de lo orgánico y acerca de la cual el niño enfermo, lo mismo que el adulto que se encuentra en igual caso, no sabe decir sino que ha sido impulsado «sin saber por quién.» Con mucha frecuencia en los actos perversos que se ejecutan por intermitencias existe la epilepsia, á la que precede ó sigue la acción inmoral.

Triste y especial importancia tiene esta violencia instintiva cuando se ejerce, como con frecuencia sucede, contra la existencia del propio sujeto enfermo.

Bakle ha contado en 5,415 suicidas de Inglaterra (1852 á 1856), 33 niños menores de diez años.

No nos es posible hacer en este libro un análisis detallado de todas las enfermedades espirituales de la infancia.

Según opinión de ilustres médicos alienistas, el punto capital de todas estas formas infantiles, que difieren más ó menos del ca-

rácter de las psicosis desarrolladas que más tarde se presentan, estriba en que han de ser designadas como estados defectuosos, á modo de reacciones, de un encéfalo enfermizo ó deficientemente susceptible de perfeccionamiento á consecuencia de anteriores afecciones cerebrales, y en que de esta circunstancia depende que las tales formas sean un obstáculo al desenvolvimiento anímico, pues deben ser consideradas como síntomas de una vida encefálica afectada por la degeneración.

Como falta el mecanismo de la vida psíquica, compréndese la extraordinaria frecuencia con que la locura infantil se complica con las grandes neurosis motrices de la corea y de la epilepsia, y la facilidad con que ésta se transforma en aquélla.

Estas mismas consideraciones sirven para contestar á la pregunta de por qué la infancia ofrece una predisposición particular á las enfermedades mentales.

En la inmensa mayoría de los casos, por virtud de la influencia hereditaria que se deja sentir de una manera excepcional en la dege-

neración moral congénita. El origen hereditario aparece, además, demostrado en multitud de casos menos agudos de extravagancias nerviosas de los niños, que van acompañadas de caprichos tenaces, de afectos intensos que llegan á convertirse en convulsiones, y de abulias periódicas (debilidades de la voluntad).

Las enfermedades infecciosas febriles agudas (escarlatina, sarampión, etc.), desempeñan también un papel importante; no pequeño lo representan asimismo las contusiones en la cabeza tan frecuentes en la infancia: en los últimos años de ésta, es decir, cerca de la pubertad, á todas las influencias perniciosas sobrepuja en intensidad de acción el onanismo, las más de las veces determinado inmediatamente por la excitación verminosa.

Causas esenciales de aquellas afecciones encontramos también en el orden psíquico: el rigor excesivo, la condescendencia exagerada, la absurda pedagogía escolar ó doméstica son elementos tanto más importantes, cuanto más vacilante y variable es la disposición neuropsíquica originaria.

En efecto, las disciplinas manejadas con sobrada frecuencia y de un modo demasiado poco individualizador por los maestros, pueden ser de funestas consecuencias para el niño, en quien el celo moralizador sólo quiso ver una voluntad débil en vez de una violenta constricción orgánica, y á quien creyó enmendar cuando no hizo sino excitarlo. Pero también una condescendencia excesiva en punto á educación, puede engendrar seres faltos de desarrollo que más adelante necesitan educarse de nuevo en la experiencia de la vida, si antes no han sucumbido en la lucha por la existencia, contrayendo una verdadera enfermedad mental, gracias á su predisposición, en parte natural y en parte artificialmente adquirida.

Antes de terminar nuestra breve excursión por este vasto territorio, haremos algunas observaciones acerca de la tan temida fuerza del contagio en todas las enfermedades nerviosas que se manifiestan por convulsiones (eclampsia, corea, espasmos epilépticos é hísticos). Hay ejemplos de contagios en gran

escala, como las enfermedades populares de la Edad Media del furor coreográfico, del mal de los peregrinos, etc. En 1852-53 presentóse esta última en Baden; en 1861 estalló una epidemia análoga en la Casa de Huérfanos de Elberfeld y más recientemente apareció también en Morrines, aldea de Saboya. Pueden citarse asimismo las formas gravísimas de las epidemias criminales (la de envenenadores en Francia, á fines del siglo xvii), y muy especialmente las de suicidios que con bastante frecuencia vemos en nuestros días.

Más interesante todavía es la aparición, muchas veces observada, de locura esporádica, hasta por imitación.

Todos estos casos justifican prácticamente las medidas de precaución empíricas que en este sentido se han adoptado, pues la existencia de una excitabilidad exagerada en determinadas regiones psicomotrices del sistema nervioso (convulsibilidad psicomotriz), se anuncia siempre á la percepción como impulso á la imitación perfectamente sentido y puede producir en individuos predispuestos la

explosión de todos estos fenómenos. En cambio, el poderoso lazo de la simpatía espiritual que une especialmente á los parientes y amigos, favorece la mayor susceptibilidad para recibir y reproducir las disposiciones normales (compasión), y provoca con ello la repulsión de las influencias contrarias.

CAPITULO VIII

TRATAMIENTO RACIONAL Y EMPÍRICO; LA HIDROTERAPIA CIENTÍFICA

Hemos llegado al último punto de nuestro estudio, la curación de las enfermedades nerviosas de la infancia; pero antes de entrar en el examen del mismo séanos permitido echar una ojeada general sobre la doctrina del tratamiento de las enfermedades. A la parte de la medicina que de esto se ocupa dásele el nombre de terapéutica (asistencia de enfermedades), debiendo ser considerada como el verdadero objetivo final del arte de curar.

Prescindiendo de las clasificaciones de escuela (tratamiento expectante, sintomático y radical), la terapéutica, como otras profesio-

nes prácticas, la agricultura, por ejemplo, se divide en dos grandes grupos, á saber: el método curativo racional y el empírico.

Estas dos palabras han sido á menudo aplicadas á ideas por demasiados conceptos opuestas, y aun se ha negado á la terapéutica el dictado de racional, pudiendo explicarse este fenómeno solamente por aquel punto común de contacto que se encuentra en la noción del empirismo ó experiencia. Esto no obstante, no nos parece superfluo examinar este punto más detenidamente.

Con el nombre de experiencia designamos en primer término los conocimientos aislados que descansan en la percepción de las cosas sensibles, ó sensación, ó en la observación de la vida interna; y en segundo, la totalidad de estos conocimientos, lo que en sentido lato se llama la experiencia (empirismo).

La experiencia que ha de tener importancia y valor para la vida práctica ó para la ciencia ni es simplemente la suma de experiencias vulgares de la vida ordinaria que cualquiera puede hacer sin trabajo alguno, ni

tampoco consiste en haber asistido como autor ó como testigo á hechos internos ó externos inusitados (muchos hombres han visto muchas cosas sin adquirir experiencia); sino que se consigue cuando se llega al conocimiento completo de aquello que se experimenta, cuando haciendo de ello punto de partida, se sigue avanzando por medio de observaciones y experimentos, y cuando se medita sobre los resultados obtenidos, comparándolos y examinándolos atentamente.

Tampoco hay que circunscribirse á las experiencias propias, sino que es preciso tener en cuenta las de los demás; pues aunque las primeras son de eficacia más intensa y contribuyen mejor á la formación de un convencimiento firme (razón por la cual se dice que el hombre sólo por su propia experiencia es sabio ó prudente), las segundas aumentan su amplitud y su extensión en el tiempo y en el espacio. Esta experiencia metódica, alcanzada por los medios indicados y obtenida merced á tentativas y observaciones hechas intencionalmente, es la única que puede ser

utilizada como fuente de conocimiento de las llamadas ciencias experimentales ó empíricas: la otra experiencia debe ser rechazada como experiencia bruta, como rutina, como empirismo inútil.

Si es cierto que la ciencia experimental (empirismo), es base de todas las ciencias naturales y de la medicina; si es indiscutible que la terapéutica sólo procede de una manera puramente empírica; no menos lo es que los experimentos amontonados y recogidos en todos tiempos y en todas partes constituirían un caos de detalles sin unidad, si no se les estudiara á la luz de la razón pura y si no se sometiera á las ideas por tal estudio adquiridas á una elaboración y clasificación sistemáticas.

En este sentido puede afirmarse que existe una terapéutica racional (científica).

Pero ya se comprenderá que para la razón pura aplicada á la terapéutica únicamente debe servir de norma el punto de vista que en los diversos tiempos ha presidido en todas las ciencias médicas.

Esta afirmación, evidenciada ya por lo que en los anteriores capítulos hemos dicho, demuéstrase más patentemente por la historia de la medicina, sobre todo cuando estudiamos aquellas épocas en que prevalecía en absoluto el rudo empirismo.

En las enfermedades nerviosas y mentales es en donde más claro aparece este hecho.

El tratamiento de las mismas es, por consiguiente, siempre fruto de su conocimiento y como tal constituye la historia de los errores y de las verdades de esta doctrina, según el carácter de los distintos sentidos patológicos que en las diversas épocas han prevalecido.

Así, por ejemplo, hubo un largo y triste período, desde el siglo III hasta el XVI, durante el cual reinaron la ignorancia y la superstición.

Consecuencia de estas tristemente erróneas teorías eran los procesos por brujería. La desaparición de estas vergüenzas, la redención de los alienados, la restitución de los mismos en su dignidad de hombres, fué obra sólo de un metodismo ilustrado; la fundación

de asilos y de casas de amparo para atender al bienestar y á la curación de estos infelices fué no sólo una explosión de humanitarismo sino que también un gran timbre de gloria para la terapéutica, ya que se debió á los progresos realizados en el conocimiento del proceso de aquella enfermedad.

Estos puntos de vista nos llevan al estudio del método de Kneipp; pero antes de ocuparnos de éste es indispensable que formulemos algunas observaciones.

Admitido que la demostración *a posteriori*, es decir, la que resulta de la experiencia, es la fundamental en materia de terapéutica, se nos ocurre ante todo preguntar: ¿por qué delante de Kneipp permanece callada la razón pura de la inteligencia médica?

¿No fueron por ventura brujas y hechiceros los primeros que nos enseñaron y que ensayaron las hierbas medicinales? ¿No fueron los alquimistas y sus adeptos los primeros exploradores de las regiones de la química? Y antes de que el telescopio y los logaritmos nos descubrieran los movimientos de los cuer-

pos celestes, ¿no eran acaso el astrolabio y la sencilla decádica los que seguían el curso de las estrellas? Á Haller la poesía y la botánica no le impidieron ser uno de los más grandes fisiólogos de nuestro siglo, y al lado de Oken se coloca siempre á Schiller y á Goethe. Pero basta de este tema: abundan los ejemplos que demuestran que hombres legos, ó por lo menos no médicos de profesión, han impulsado trascendentales modificaciones en la esfera de la disciplina médica; y nada diremos de los que en nuestros días nos ofrecen Pasteur, Ligg y Metzger (profesor de gimnasia antes de ser doctor de la universidad de Bonn), Messmer, Hansen y otros. Por lo mismo no podemos admitir que Kneipp sea un ignorante en materia médica por el simple hecho de no ser médico y de ser sacerdote.

La terapéutica, como antes hemos dicho, no se basa en la inducción; el enfermo no quiere consultar la ciencia abstracta, — sino que quiere tan sólo que le curen, que se funde ó no en la ciencia el método que le devuelve la salud, le tiene sin cuidado. Na-

die que se proponga ó que se crea obligado á prolongar su existencia se contenta con un «hermoso diagnóstico.»

Al interés de la ciencia conviene formarse una idea clara de estas cosas y mantener sobre ellas una opinión fundada; la necesidad de una causalidad que es innata á todo investigador y á todo médico debe mover á éstos á emprender una investigación objetiva y á anteponer la cosa á la persona: los médicos prácticos debieran pensar también que con esta manera de proceder se perjudican considerablemente en sus intereses materiales.

El movimiento kneippista se levanta ya muy por encima de todos los que se han producido en el terreno de la medicina profana y por esta razón no se comprende que no se le otorgue alguna atención ó que se le condene rotundamente, sin más motivo que el de no querer ver lo evidente.

Suceda esto por orgullo ó por debilidad; con qué sentimiento ha de mirar en ambos casos el hombre imparcial al supremo areópago cuando tales presunciones se abren paso!

Pero examinemos directa y objetivamente los hechos.

En Octubre de 1886 apareció la primera publicación de Kneipp, *Mi cura por el agua*, libro de 368 páginas; en Mayo de 1887 publicóse la segunda edición; en Octubre del propio año la tercera; durante 1888 la cuarta y la quinta; en 1889 los pedidos fueron tales que hubieron de imprimirse las ediciones sexta á duodécima, y en 1890 aparecieron trece ediciones más, hasta la vigésimaquinta. Es decir, que en el período de cuatro años se llegaron á vender 140,000 ejemplares de esa obra.

En el otoño de 1889 dió á luz Kneipp su segunda obra, del mismo tamaño que la primera, titulada *Cómo habéis de vivir*: de ella se hicieron en un año diez ediciones, equivalentes á 60,000 ejemplares.

Teniendo en cuenta este número de 200,000 ejemplares para los dos libros y calculando la población de Alemania y Austria en 50 millones de alemanes, resulta que cada 250 de éstos compraron un libro de Kneipp.

Bien puede afirmarse que apenas se citará otra obra que en el mercado de libros alemanes haya tenido tan rápida y considerable salida. Esto sin contar con las traducciones á idiomas extranjeros: en la primavera de 1890 publicóse una versión bohemia y otra polaca de las dos obras, de las que se hicieron dos ediciones, apareciendo más tarde la francesa, la inglesa y otras.

Estas cifras por sí solas dan una idea de la gran extensión de este movimiento; pero aún se ve mejor la eficacia de esta propaganda cuando á ella se añade la incalculable influencia que significa la colaboración personal de tantas asociaciones para las reformas higiénicas y de tantos millares de entusiastas partidarios que por escrito y de palabra ensalzan la bondad del sistema. Á pesar de esto hácese difícil admitir que estos medios, aun apoyados por extraordinarios reclamos, hubieran sido por sí solos suficientes para convertir la tranquila aldehuela suabia en sanatorio internacional y para hacer del anciano párroco de la misma el jefe de una nueva doctrina

terapéutica, si en el transcurso de todo este tiempo no se hubiesen hecho palpables los brillantes éxitos obtenidos.

Esta suposición nos sugiere las siguientes preguntas: ¿Cuál ha podido ser la causa de este resultado? ¿Es sólo el atractivo de la novedad lo que impulsa á las gentes? ¿es la llamada atmósfera sugestiva que siempre envuelve á todas estas cosas? ¿Trátase realmente de una nueva verdad? En este caso ¿qué virtud encierra? ¿Se trata, por el contrario, de una mixtificación vulgar? Procuraremos contestar á todas estas preguntas por nuestras propias impresiones, única cosa sobre la cual puede girar la discusión del sistema Kneipp, mientras sobre él no dejen oír su opinión personas ó corporaciones que gocen de autoridad. Todo médico conocedor de la hidroterapia (1) que se detenga en Wörisho-

(1) De ella me ocupó desde el año 1877 en que tuve ocasión de aprenderla por completo en el establecimiento hidroterápico de Furstenhof (Estiria) tan famoso por el renombre de su propietario, J. Czerwinski (hidrópata ilustre, discípulo de Priessnitz y autor del compendio de termoterapia ensalzado por autoridades científicas), como por su organización excelente.

fen observará desde luego por su propia experiencia que el procedimiento Kneipp tiene realmente cualidades dignas de atención.

No discutiremos aquí las explicaciones teóricas del señor párroco acerca de la esencia de las enfermedades, ni sus recetas, porque esta parte de su doctrina no encaja en el presente libro.

Nos ocuparemos de su procedimiento hidropático, que es el principio fundamental de su sistema; pero antes formularemos algunos razonamientos acerca de la hidroterapia ó, mejor dicho, termoterapia.

El agua empleada para fines curativos en sus diferentes temperaturas y en sus formas diversas (á gotas, corriente, en forma de gas y en estado cristalino) obra sobre todos los órganos y funciones por provocación de estímulos térmicos (frío, calor) y mecánicos (presión y masa del agua). Por estos medios conseguimos alterar, aumentar ó disminuir la innervación (energía nerviosa), volver á su percepción normal partes del cuerpo anestesiadas (debilitadas, enervadas) y producir

nuevamente la anestesia mediante el frío, y podemos influir no sólo sobre los nervios periféricos sino que también, merced á los reflejos, sobre el órgano central (encéfalo y médula) y hasta sobre la corteza gris del cerebro.

Más importante todavía es la influencia ejercida sobre la respiración y la circulación de la sangre. Basta arrojar unas gotas de agua al rostro de alguien para ver claramente la acción de los estímulos térmico y mecánico, pues inmediatamente se produce una inspiración profunda y se altera el ritmo de la respiración. En mayores proporciones pueden ser influidas de una manera más eficaz la absorción de oxígeno y la eliminación de ácido carbónico.

Por el calor y por el frío se logran dominar á voluntad el corazón y los vasos periféricos, acelerando ó retardando la acción del primero y estrechando ó ensanchando los segundos. De este modo podemos regular la tensión y la presión en todo el sistema vascular, así como el calor de la sangre (fiebre).

Debemos hacer notar la necesidad de

atender muy especialmente á la conservación de la tonicidad vascular (tensión media de los vasos), pues con ella se favorece la circulación.

Así se puede ver demostrado en la fiebre, en la que la pérdida del tono determina á menudo éxtasis pasivos (estancamientos de la sangre).

Muchas veces es beneficioso también promover artificialmente hiperhemias activas en algún órgano, lo cual es perfectamente posible.

Admítese, por ejemplo, que el reumatismo articular agudo y la neuralgia se producen cuando los rigores térmicos, tales como una corriente húmeda y prolongada, promueven de una manera refleja perturbaciones en la circulación de los nervios, los cuales hacen que se contraigan los vasos del órgano respectivo y que se acumulen en ellos productos de transformación (en los músculos principalmente los ácidos) que excitan los nervios sensibles cuando circula poca sangre alcalina. Pues bien, si por medio de una excitación

térmica (curas de agua) se lleva allí una corriente de sangre, los vasos se ensanchan y llega más sangre (alcalina) á ellos, con lo cual se consigue atajar el reumatismo muscular y en los estados crónicos disminuir los dolores. Un nervio en el estado del tétano reacciona ácidamente; por consiguiente, si se logra llevar hasta él sangre alcalina y neutralizar de esta suerte los ácidos, puede atajarse todo el proceso.

La exactitud de este hecho se ha demostrado en muchos casos.

El procedimiento térmico es también nuevo y eficaz en la llamada hiperhemia. Una cuestión muy importante, que hace que toda una serie de perturbaciones en la nutrición pueda ser incluida en la jurisdicción de las acciones térmicas y mecánicas, entra de lleno en el terreno de las secreciones y de las excreciones. Mediante procedimientos térmicos y mecánicos podemos promover la exudación del agua por la piel, por los riñones y por los pulmones. En una porción de enfermedades crónicas, en las cuales la cuestión estriba en

despejar ciertos órganos enfermos, ha demostrado la experiencia que es posible, merced á las acciones térmicas y mecánicas ejercidas sobre la epidermis, determinar estados favorables á la circulación, y una mayor actividad en los riñones (diuresis).

Desde el momento en que nos es dado también regular la acción y la energía del corazón y apartar los obstáculos que á la circulación se oponen, podemos asimismo aliviar las perturbaciones orgánicas, especialmente las de compensación en el corazón.

CAPITULO IX

KNEIPP Y SU PROCEDIMIENTO

Si contamos las diversas formas en que el agua puede ser administrada como medio curativo, de las que son las principales el lavatorio frío, la fricción fría, la envoltura en un paño mojado frío, el baño de sábana, el baño entero, el medio baño, el baño de pies, el baño de asiento, las compresas frías, los riegos fríos, los baños de inmersión y las duchas en sus numerosas gradaciones, etc.; si añadimos á ellas las modificaciones térmicas que podemos conseguir variando los grados de temperatura, desde el inferior al punto de indiferencia hasta los 35 grados centígrados, ó alterando la duración de las aplicaciones; y

si tenemos en cuenta, por último, los efectos mecánicos debidos á la presión y á la masa del agua, resulta para el médico hidrópata una combinación de las más numerosas formas de curar, y una riqueza tal del tesoro terapéutico que sólo en casos muy excepcionales tendrá que acudir á los medicamentos de la farmacopea. De aquí que ningún sistema pueda reclamar con más derecho que éste el dictado de tratamiento naturalista.

La aplicación de este medio terapéutico requiere, sin embargo, en la práctica médica, conocimientos y experiencia especiales. La dosificación de los estímulos térmicos y mecánicos no se aprende en la materia médica ni en el arte de recetar oficiales y su uso acertado exige la misma prudencia que la prescripción del opio y de la quinina. Desde el momento en que la hidroterapia ha escogido como punto de aplicación de sus acciones la piel, en su cualidad de órgano terminal de casi todos los nervios sensitivos, hase asegurado la mayor influencia sobre todos los procesos nerviosos que hemos antes mencionado

(excitación de las fibras nerviosas motrices, secretoras, intercentrales); y por esto se comprende que cuanto más rigurosamente procede á la elección de sus intervenciones térmicas y mecánicas, tanto más ancho campo se abre á su labor y tanto más delicados efectos consigue.

La sensibilidad de la piel á la presión y á las oscilaciones de la temperatura da para toda la superficie de la misma, una escala perfectamente determinada (E. H. Weber Goltz — «sensibilidad absoluta» —) y no es irracional que la moderna hidroterapia se haya apoderado de estos hechos, y que en los sanatorios hidroterápicos hoy existentes no se emprenda ningún tratamiento sin antes haber dosificado exactamente la temperatura y la masa de agua, siendo regla general en ellos un tratamiento individual. ¿Cómo traduce Kneipp estos puntos de vista en su sistema? Amonestando para que «no se desacredite el agua como medio terapéutico por una aplicación indiscreta, desmedida y poco razonada, por un procedimiento rudo y rígido en dema-

sía," ó en otras palabras, como dice gráficamente, "para que no se deshonre al agua."

Kneipp permite que "á los que comienzan la cura por el agua, á las personas débiles, especialmente á las muy jóvenes y á las ancianas, á los enfermos á quienes horroriza la impresión del frío, á los anémicos y á los nerviosos se les aplique al principio el agua en sus diversas formas templada, quitado el frío."

"Las aplicaciones calientes tienen para cada caso sus reglas especiales en lo que se refiere al grado de calor, á la duración, etc." Después de todas las aplicaciones del agua prohíbe el secamiento, pues dice que "siendo éste un frotamiento y no pudiendo hacerse de una manera igual en todos los puntos del cuerpo, determina diferencias de temperatura en el calor natural y en el de la piel, lo cual, si tiene poca importancia en el hombre sano, puede tenerla demasiada en las personas débiles y enfermas."

La mayoría de las aplicaciones se verifican con agua fría, de pozo, de manantial,

de río ú otra. Acerca de esto dice Kneipp: «En este punto sigo el principio dictado por la experiencia, cuanto más fría tanto mejor. En invierno, para las personas sanas, mezclo en el agua nieve para que aún la enfríe más. Y no se me tache por esto de rudo, pues hay que tener en cuenta la duración excesivamente corta de mis aplicaciones de agua fría.»

No explicaremos ni enumeraremos todas las aplicaciones de Kneipp (duchas, baños, vapores, riegos, lavatorios, envolturas, agua en bebida), porque suponemos que las conocen los que este libro leen; tampoco se trata aquí de una pedantesca crítica escolar de este sistema, pues, por varias razones, no ha llegado aún el tiempo de formularla. Nos limitaremos simplemente á explicar, por medio de una rápida ojeada, la manifestación que antes hemos hecho acerca de si el nuevo procedimiento curativo por medio del agua, de Kneipp, tiene verdadera eficacia y en caso afirmativo de qué índole es ésta.

El principio fundamental de Kneipp apli-

cable á esto dice: "El agua, y en especial nuestra cura por el agua, cura todas las enfermedades curables."

Iríamos demasiado lejos si, partiendo del punto de vista de la medicina teórica y práctica, quisiéramos afirmar que no puede aceptarse esta afirmación de Kneipp, y si buscásemos un ejemplo concreto diríamos que únicamente el bisturí del cirujano extirpa, si así se quiere, el cristalino del ojo estropeado por materias morbosas, y que ninguna cura hidroterápica, sea cual fuere el nombre que lleve, puede "desprenderlo" ó "eliminarlo."

El agua, ó hablando con más exactitud la hidroterapia, sólo puede dejar sentir toda su eficacia en aquellos casos en que puede poner en actividad el juego de sus energías, en los casos en que se trata de la utilización de estímulos térmicos ó mecánicos. Ateniéndonos á este principio, diremos: no todas las enfermedades curables pueden curarse con agua; pero el agua se adapta á todos los métodos médicos que se emplean para la

curación de las enfermedades, excepción hecha de los llamados específicos.

El mismo Kneipp emplea, además de su cura por el agua, un gran número de otros remedios vegetales y minerales.

En su consecuencia, el agua puede usarse, graduando su temperatura, su cantidad y sus diversas formas de aplicación, como medio terapéutico estimulante, vivificante, tónico, calmante, refrigerante, revulsivo, resolutivo, disolvente, astringente y corroborante. Esta clasificación permite satisfacer las más rigurosas indicaciones y tratar cada caso individualmente, pues la reacción del organismo humano á los estímulos térmico y mecánico es extraordinariamente sensible, pudiendo formarse, mediante el termómetro de mercurio, una escala de combinaciones terapéuticas que difícilmente se consigue con las recetas médicas.

Pero por lo mismo que únicamente se trata de la modificación de una sola potencia curativa, ninguna rama de la terapéutica exige en tan alto grado como ésta una con-

cepción original y una madurez de juicio, ó como dice acertadamente Billroth, que la fantasía y el don de las combinaciones, fuentes generales de la ciencia y del arte, se escuden con la aplicación y la aptitud para recetar. Ningún método requiere tanto cuidado y tanta previsión, ninguno ha de procurar evitar las transiciones bruscas tanto como una terapéutica naturalista (fisiológica), género al cual pertenece en primer término la cura por el agua, llámese como se llame; porque la naturaleza, en general, no conoce los cambios sin estados intermedios, no existiendo en ella las contraposiciones rigurosas: *natura non facit saltum*.

Si partiendo de esta base estudiamos las prescripciones hidroterápicas de Kneipp, habremos de confesar que, á pesar de todas las concesiones que el párroco no siempre «inejorable» hace á las personas débiles y anémicas con su agua templada, á fuer de buen suabio usa armas de acerado filo, ya que sus riegos, especialmente su «riego ralámpago,»

al caer azotan el cuerpo como un golpe de suabio auténtico.

Y si tenemos en cuenta que con ello puede uno, no sólo «abrirse paso» sino que también tener que sostener una lucha en toda regla, comprenderemos que estas armas por su índole exigen una mano que sepa esgrimir las, sí, pero al propio tiempo conservarlas.

Porque á los ánimos encogidos no les hace maldita la gracia oír decir á Kneipp, hablando de la más suave de sus aplicaciones «el riego de las rodillas:» «He visto temblar como hojas de álamo y llorar de dolor á hombres que comenzaron por burlarse del procedimiento, calificándolo de bagatela, y que luego querían aguantar la acción del riego parecida á una descarga eléctrica y que penetra hasta lo más hondo del cuerpo.»

Por esto aconseja Kneipp con razón que se sea prudente.

Hay que tomar muy en consideración ante todo y para todos aquellos que no estén acostumbrados al uso del agua, la acción que los impulsos térmicos y mecánicos ejercen sobre

la circulación interior de la sangre, acción que se denomina "retropulsión" y que constituye el siguiente fenómeno.

Si aplicamos un estímulo frío sobre la epidermis, toda la región vasocapilar (los vasos sanguíneos más pequeños) del punto interesado reacciona inmediatamente contrayéndose y empujando la sangre que contiene hacia atrás, á los grandes vasos sanguíneos, hacia el corazón.

Estos últimos naturalmente se llenan y se distienden, porque su diámetro se ensancha y la presión de la sangre en ellos aumenta, pues la cantidad de sangre arrojada de la piel ha de refluir debajo de ésta y en el interior del cuerpo.

Así como merced á ese reflujo y á aquella retrocontención pueden determinarse á menudo, según hemos visto que sucede en la hiperemia, influencias favorables sobre los llamados productos de transformación, ó "materias morbosas" conforme las denomina Kneipp, así también puede con ello producirse un peligro, por cuanto con una acción del estímulo demasiado prolongada ó dema-

siado intensa y con una alteración morbosa de las paredes vasculares, éstas no resisten al aumento de presión de la sangre, resultando de ello, según el sitio afectado, roturas y hemorragias de los vasos sanguíneos que pueden ser mortales, ó parálisis de los mismos, pérdida de la tonicidad vascular (tensión) y anomalías de circulación crónicas.

El aumento de presión de la sangre en determinadas regiones vasculares determina también al mismo tiempo un aumento de actividad del músculo cardíaco y con ello un aceleramiento de todo el movimiento circulatorio: por consiguiente, si por un lado el aumento de la circulación puede obrar provechosamente sobre el cambio de substancias, por otro hácese preciso tomar muy en consideración el aumento de la acción cardíaca en todos aquellos casos en los cuales se trata de un aparato valvular morbosamente alterado que no esté en condiciones de realizar este trabajo forzado.

La relación entre el esfuerzo y el éxito sólo puede juzgarse teniendo esto en cuenta.

Se comprende que con el aumento de intervenciones térmicas y mecánicas, que con frecuencia pueden substituirse recíprocamente, tengamos en nuestra mano remedios cada vez más poderosos; pero en cuanto al límite hasta donde podemos llegar con ellos, este es el punto capital de la cuestión (así de parte del enfermo como de la del médico); en ello estriba el poder médico, el arte de curar: *tantum sumus quantum possumus*.

Con la penetración natural del empírico, Kneipp ha creado en este sentido un estado de cosas completamente nuevo y esto constituye su significación en el campo de la hidroterapia.

Con la aplicación casi sin excepción del agua en su condición de temperatura natural, y comenzando por aplicaciones parciales, cortas y limitadas á regiones cutáneas (lavados y riegos parciales), Kneipp no sólo nos ha devuelto el valor para operar directamente con el frío, dispensándolo, por decirlo así, *in refacta dosi*, sino que, además, merced á la ejecución extraordinariamente fácil de

esas aplicaciones, ha contribuido en altísimo grado á popularizar los principios fundamentales que rigen en materia de hidroterapia: este es su principal mérito. Así deben haberlo comprendido los que son sus adversarios mercantiles.

Citar, como se pide, hechos concretos, pruebas aisladas que demuestren la aptitud del método Kneipp para curar las enfermedades, es un trabajo de éxito muy dudoso.

Cierto que existen datos innumerables con que poder formar una estadística; pero todos los que están familiarizados con este sistema probatorio saben cuán lejos puede llegarse en este camino cuando se trata de deducir de tales datos conclusiones biostáticas.

Los juicios estadísticos no son más que bonitas canciones... sin palabras, cifras que pueden decir mucho y pueden no decir nada y que algunas veces se exhuman cuando no se necesita su testimonio ó cuando se necesitan para manejarlas á capricho. De aquí que en medicina, especialmente en terapéutica, no se conceda gran importancia á las demostra-

ciones estadísticas que, por otra parte, no son en modo alguno necesarias.

Un famoso profesor de Cirugía dice: «No trabajamos para la estadística,» y aun cuando el operador salve á uno entre mil de sus enfermos desahuciados, la mirada satisfecha del operado que le dice: «Hermano mío, gracias; me has salvado,» vale mucho más que millones de cifras escritas.»

Citamos estas palabras con toda intención porque, relacionándolo con ellas, queremos ante todo dejar sentado que la mayor parte de los enfermos que, como cualquier otra novedad, han probado el procedimiento de Kneipp, son por regla general enfermos aburridos que han sido tratados por diferentes métodos y asistidos por reconocidas autoridades médicas y no pocas veces desahuciados. Queremos hacer constar también que entre estos enfermos y desahuciados se han comprobado curaciones completas y auténticas.

No quiero decir que la proporción de las curaciones obtenidas sea tal como rumores muy extendidos la suponen; pero aun admi-

tiendo que entre cien mil de estos enfermos desahuciados sólo uno se ha salvado, ¿por qué este triunfo no ha de ser igualmente elogiado cuando lo ha obtenido un profano que cuando lo ha logrado una autoridad científica? ¿Por qué no ha de valer el éxito tanto en uno cuanto en otro caso? ¿Qué efecto produce oír decir al antes citado sabio que una vez se arriesgó á hacer una operación que todos sus colegas calificaban de «asesinato quirúrgico,» á pesar de lo cual salió bien y ha sido luego metódicamente repetida? ¿Por qué la medicina sabia no se aventura á hacer igual experimento con el método curativo de Kneipp, que no tiene aparejadas ni con mucho tantas responsabilidades como la cuchilla que se introduce en la palpitante carne humana, y por qué, en vez de ello, combate este sistema terapéutico y ridiculiza y de diversos modos pone en entredicho á los partidarios del mismo?

A lo que sobre este particular tengo dicho en otros capítulos de este libro, sólo añadiré que este proceder inhumano es, además, en la clase médica, en alto grado imprudente.

Otra circunstancia debe también tenerse en cuenta.

Las doctrinas y los éxitos de Kneipp deben ser examinados, no tanto en su sentido estrictamente terapéutico cuanto desde el punto de vista higiénico-dietético.

En el capítulo primero hemos demostrado suficientemente el valor de esas doctrinas.

A pesar de esto se le trata con la misma indiferencia.

Ya se comprenderá que no puede ocurrírse nos hacer de nuestra juventud, por medio del sistema Kneipp, lo que fueron los antiguos atenienses y espartanos; pero desde el momento en que es innegable que aumenta la frecuencia de las enfermedades nerviosas y mentales, ¿por qué la medicina científica ignora el método de Kneipp? ¿por qué pasa tan ligeramente por encima de su sistema?

Con recetas latinas y con el cuchillo quirúrgico no se logra hacer de individuos y generaciones sobre las cuales pesa un vicio de herencia, hombres y razas robustos espiritual y corporalmente. En este punto es indiscuti-

ble que para remediar aquel mal sólo cabe apelar al desarrollo orgánico.

Y para ello la mejor base es una educación popular higiénicamente dirigida.

Se habla mucho, en este sentido, de "endurecimiento" (¿quién no recuerda, hablando de esto, los ejemplos que la antigüedad clásica nos ofrece?) y de sistema de vida natural.

En sus métodos de endurecimiento (andar descalzo, baños fríos de brazos y piernas, riego de rodillas) y en sus preceptos dietéticos sobre el cuidado moral y físico del cuerpo, nos ha proporcionado tan excelentes apoyos que difícilmente podríamos citarlos mejores.

El logro de aquel objetivo, en el sentido de nuestro tiempo y de nuestro pueblo, no se puede realizar rápida, segura y agradablemente, *cito, tuto et jucunde*.

Pero prescindiendo de ello, si consideramos los grandes y evidentes éxitos obtenidos por Kneipp en la terapéutica de la infancia, en el concepto rigurosamente médico (citemos únicamente la curación positiva de la parálisis

infantil, de la cual mencionaremos un caso al final de este libro), con los cuales nos ha demostrado que aún en los casos más desesperados puede uno curarse, preciso será confesar que los preceptos de Kneipp merecen por ello ocupar un puesto elevado entre todas las doctrinas higiénicas y dietéticas.

Porque sólo una juventud sana es garantía segura de una vejez vigorosa y resistente; sólo una juventud sana constituye el fundamento sólido en que descansa el porvenir de cada familia, del Estado todo.

Sólo los niños sanos son la alegría, el orgullo y la esperanza de sus padres.

No puede darse espectáculo más deplorable que el rostro de un niño en cuyas descoloridas facciones se reflejen, en vez de la alegría y el contento, la tristeza y la enfermedad, y en cuyos endebles miembros se adivine la muerte física y espiritual.

Y sin apartar la vista de este espectáculo para fijarla en la reciente creación de Kneipp, en el asilo de niños de Wörishofen cuyas puertas se abren para los más infelices

de aquellos infelices, merced á la bondad y al desinterés de su fundador, y que les da, no sólo protección y amparo, sino la salvación y la salud, involuntariamente experimentaremos un sentimiento de respeto y veneración hacia aquel hombre sencillo cuyos actos obedecen tanto á un talento claro cuanto á un corazón ardiente y que tiene perfecta conciencia del fin que persigue.

Sin preocuparse de los ataques y de las humillaciones de sus adversarios, prosigue con valor y firmeza su camino, pues, como todos los hombres que buscan lo bueno y lo verdadero, su genio le impulsa á avanzar por encima de todos los obstáculos.

Y aunque la doctrina de Kneipp no haya sido contrastada por la ciencia, y aun cuando la generación actual haga á su sistema y á sus partidarios objeto de burlas y de suspicacias, no se pasará mucho tiempo sin que su valor sea debidamente apreciado y su bondad por todos reconocida, porque en ella hay un germen sano, cosa que no podrá negar nadie que con alguna imparcialidad medite,

no sólo sobre ella, sino que también y muy especialmente sobre la misión de la ciencia. Sus trabajos al pueblo se dirigen y en el pueblo están las raíces de su fuerza: *vox populi, vox Dei*.

La sabiduría sin popularidad es una hermosa envoltura sin substancia dentro.

APÉNDICE

LA PARÁLISIS INFANTIL

Con el nombre de parálisis infantil (*polio-myelitis anterior acuta*) se designa una parálisis de los músculos de una ó varias extremidades y del tronco, que se presenta repentinamente con ó sin fiebre y con ó sin convulsiones, que se rehabilita rápidamente en la mayor parte de los músculos paralizados, produciendo, empero, en aquellos en que la parálisis no desaparece, una rápida disminución de la carne muscular y pérdida de la excitabilidad eléctrica, y que se caracteriza por la formación de contracturas y deformidades y por el retardamiento del desarrollo de los

huesos. Que este proceso consiste en un enfermamiento de la médula es cosa hoy demostrada de una manera innegable.

La índole de este trabajo no nos permite hacer una descripción anatómica de esta enfermedad.

La parálisis puede presentarse con muy distintos fenómenos y en algunos casos hasta sin ningún síntoma que llame la atención.

Como presagios del mal se han observado los siguientes: desazón general, molestias en la dentición, fatiga al andar, y en los niños mayores dolor en la espalda y en los miembros y raras veces fenómenos de excitación nerviosa.

La enfermedad, en sus verdaderos comienzos, presenta como formas principales:

1.^a Estado febril con los fenómenos propios del mismo y á veces perturbaciones gástricas, vómitos y diarrea.

2.^a Temblores ó convulsiones, somnolencia, y aumento de sensibilidad á todos los estímulos (hiperestesia).

3.^a Ausencia de todo síntoma. Un niño

que por la noche se ha acostado completamente sano presenta á la mañana siguiente una parálisis pronunciada de una ó varias extremidades (*Paralysis in morning*. — Parálisis de la mañana).

Finalmente, hay una parálisis que no es observada á menudo hasta mucho después de su aparición, la de las extremidades inferiores que no se nota hasta que el niño llega á la edad de aprender á andar.

Los síntomas nerviosos que se presentan en primer término, además del aumento de irritabilidad general nerviosa y consiguiente depresión (gran decaimiento y somnolencia hasta el sopor y el coma), son los temblores y las convulsiones. Las causas de estos fenómenos de excitación de parte del encéfalo, cuando hay un estado patológico demostrado en la médula, no han sido aún detalladamente descubiertas.

En la mayoría de los casos sólo se llama al médico cuando se presenta la parálisis persistente, que es el síntoma más marcado.

El niño enfermo permanece, en el primer

período, echado y casi inmóvil, sin mover miembro alguno. Después de algunas horas ó días empieza á mover algo, primero los dedos y luego los pies y las manos; la parálisis general desaparece visiblemente de tal ó cual sitio y algunas veces esta ó aquella extremidad recobra su estado normal y vuelve á funcionar, pudiendo el niño sentarse nuevamente con la espalda recta y la cabeza levantada.

La parálisis llega siempre dentro las primeras veinticuatro horas á su punto máximo, no siendo nunca de temer que aumente transcurrido este período. La parálisis persiste generalmente sólo en los músculos de las extremidades, rara vez en los dorsales, de modo que al permanecer de pie, al andar y al sentarse, falta firmeza en los movimientos del enfermo; también suele persistir en los músculos de la región cervical. La parálisis más frecuente es la de una extremidad inferior ó de ambas.

La disminución de los fenómenos de la parálisis es rápida en las primeras semanas, pero luego se realiza lentamente hasta los

seis y aun hasta los nueve meses. Lo que pasado este tiempo no está rehabilitado, permanece paralizado. Entonces pueden apreciarse en toda su extensión los daños causados por la enfermedad, puesto que á menudo á la parálisis se agrega rápidamente la atrofia de la musculatura y muchas veces, al cabo de medio año, el miembro enfermo no es más grueso que un bastón.

En el período siguiente, el llamado estadio crónico, preséntanse deformaciones, contracturas y deformidades de los miembros inferiores, tales como pies equinos y pies talos (que se apoyan por el talón), así como flojedad de las articulaciones por relajación de los ligamentos.

Hasta hoy esta enfermedad ofrecía muy pocas probabilidades de curación. El remedio principal, la electricidad, sólo se emplea para formarse claro concepto de la suerte que les está reservada á los músculos atacados, es decir, para experimentar sobre ellos si reaccionan con este estímulo. La lentitud del tratamiento, empero, acaba pronto con la paciencia del enfermo... y con la del médico.

Recomiéndanse también las sangrías, al principio, los fomentos fríos, los vejigatorios, la tintura de yodo, los purgantes, las inyecciones hipodérmicas de ergotina y de estrigina, la gimnasia, el masaje, etc. El miembro que á los dos ó tres meses ó en medio año no ha recobrado el movimiento, difícilmente lo recobrará más adelante: así rezan por lo general las sentencias de los médicos que piensan racionalmente. Uno de los más famosos neurópatas alemanes, el doctor Erb, de Heidelberg, dice: «Es difícil ver hasta dónde alcanza el poder de nuestros medios terapéuticos; pero hasta ahora no puede decirse gran cosa en su alabanza.»

Los más de estos enfermos, cuando la dolencia es antigua, recurren á la ortopedia, y así se ven llegar á Wörishofen docenas de pacientes sometidos á este triste arte llenos de máquinas complicadísimas y provistos de aparatos de apoyo de distintas formas. ¡Conmovedor espectáculo, por cierto, el que tales infelices ofrecen!

Cuando Kneipp declara con acento de se-

guridad que aquellos seres deformes sanarán y andarán derechos, sus palabras causan verdadero asombro; pero la admiración sube de punto cuando se ve que su profecía se ha cumplido al pie de la letra.

Vamos ahora á describir uno de estos casos que hemos presenciado.

Ricardo Schuhmacher, nacido en Nussdorf junto á Ueberlingen (lago de Constanza) de tres años de edad, enfermó, cuando tenía doce meses, de parálisis general muscular. Tratado por varios médicos sin éxito alguno, y sometido durante medio año al tratamiento por la electricidad, trajéronlo sus padres en Agosto de 1892 al que estas líneas escribe.

El niño no podía estar sentado con la espalda recta ni mantener alta la cabeza, que oscilaba sobre el tronco como un cuerpo extraño; sus miembros caían endebles y automáticamente y no podían moverse. Su musculatura era escasa, floja y blanda y en ella estaba extinguida la excitabilidad eléctrica. La posición equina de la extremidad izquierda era muy pronunciada.

Tenía la piel floja, seca, pálida, como la de un cadáver, y extraordinariamente fría, especialmente en las regiones paralizadas. Su fisonomía sin expresión, lívida y apática presentaba algo de idiota; su cabeza era grande, sus ojos carecían de brillo y en el izquierdo se notaba cierto estrabismo hacia adentro. Observábase finalmente en él falta de toda percepción intelectual y de toda tentativa para hablar.

De todos estos síntomas deduciase, á mi juicio, la existencia de la enfermedad que es objeto de este apéndice, la parálisis infantil espinal, en vista de lo cual empecé el tratamiento indicado por Kneipp. (Para detalles acerca de éste véase el trabajo *La parálisis infantil espinal* del doctor M. Tacke en las *Obras completas del párroco Sebastián Kneipp. Tratamiento terapéutico examinado á la luz de la ciencia.*—1 cuaderno. Kempten, casa editorial de la librería de J. Kösel, 1892).

Siguiendo este tratamiento, comencé por aplicar al niño las envolturas y los lavados

con flores de heno, y la inmersión en agua fría, aplicaciones que se continuaron sin interrupción por espacio de catorce días. El día 28 de Agosto, cuando el calor epidérmico era ya suficiente, recibió el niño los primeros riegos.

A las madres que temen al agua debo advertirles que causa verdadera alegría observar el efecto de este procedimiento sobre el sistema nervioso de una criatura tan pequeña. En un principio ésta mostraba cierta cobardía y aun cierta repulsión á recibir el agua, pero á medida que se familiarizó con ella y que fueron más frecuentes los contactos del chorro de agua con la piel, parecía que un gran bienestar se producía en todas las vías nerviosas y se reflejaba en la cara del niño cuando se le contemplaba acostadito y bien caliente en su cuna.

Así como al principio le temblaban las manecitas y los piecitos, después mostrábase cada día más alegre y más animado durante el rato de la cura, y sus piernas se agitaban más vigorosas, y por último, tendía

contento y animoso las manos hacia el agua que sobre él caía. Viendo cómo de día en día desaparecen visiblemente los fenómenos morbosos, no es exagerado afirmar que es preciso admirar como un verdadero milagro los efectos de estas sencillas aplicaciones naturales, en presencia de las cuales casi se siente uno inclinado á creer en el espíritu del agua, al que tan importante papel se atribuía en los tiempos de Priessnitz.

El cambio experimentado por el niño fué sorprendente; la criatura se transformó por completo; el niño pálido, extenuado y sin expresión, convirtiéndose á los 51 días de comenzada la cura en un ser robusto, rebosando salud, de fisonomía inteligente, sin huella alguna de su parálisis.

Ya se comprenderá que este resultado sólo puede concebirse con un restablecimiento absoluto del sistema nervioso enfermo. Puede afirmarse que la curación de esta enfermedad es uno de los más hermosos triunfos del sistema curativo de Kneipp, pues es un hecho que aun los estados más avanzados de paráli-

sis (y de éstos se trata siempre casi en todos los casos) que acuden á Wörishofen se curan por este método. Este resultado se obtiene, no sólo en los niños en quienes esta circunstancia es de importancia decisiva para la formación y el porvenir de su individualidad corporal y espiritual, sino que también en distintas parálisis de los adultos.

Acerca de cuán vigorosamente se ha ido desarrollando física y moralmente el citado niño, véanse las siguientes noticias que posteriormente he recibido respecto del mismo:

En 14 de Octubre de 1892, me escribieron: «La señora Schuhmacher me ha referido hoy que al entrar en el cuarto del niño, éste se fué completamente solo desde la mesa al banco. Estas gentes están contentísimas.»

En 27 de Octubre del mismo año: «El pequeño Juan habla cada día más y pronuncia las palabras más difíciles.»

En 1.º de Noviembre: «El niño está perfectamente, hace grandes progresos en el hablar y puede subir y bajar solo del sofá.»

En 8 de Diciembre: «El niño es muy

vivo, habla mucho y los padres están muy contentos del buen éxito conseguido.»

No hay que decir que el niño y sus padres se han vuelto kneippistas.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO.	5
CAPÍTULO I.— La neurosis y la ley de la herencia.	
Método de Kneipp.	21
» II.— La selección natural, la autodisciplina y la educación.	41
» III.— Principios pedagógicos fundamentales de los antiguos (griegos y romanos) y de los tiempos modernos.	49
» IV.— Sistema nervioso del hombre.	81
» V.— Funciones de los nervios.	97
» VI.— Noción de la enfermedad en el sentido popular y en el científico.	107
» VII.— Enfermedades más importantes del sistema nervioso y del desenvolvimiento psíquico de los niños.	119
» VIII.— Tratamiento racional y empírico; la hidroterapia científica.	149
» IX.— Kneipp y su procedimiento.	165
APÉNDICE.— La parálisis infantil.	185

Biblioteca Kneippiana

OBRAS DE MONS. SEBASTIÁN KNEIPP

Unicas ediciones autorizadas

MÉTODO DE HIDROTERAPIA, ó mi cura por el agua, aplicado durante más de 35 años y escrito para el tratamiento de los enfermos y para guía de los sanos. Versión española por D. Francisco G. Ayuso. Un tomo en 8.º, en tela. Ptas. 5'50

¡CÓMO HABÉIS DE VIVIR! Avisos y consejos para sanos y enfermos ó reglas para vivir conforme á la sana razón y curar las enfermedades según los preceptos de la naturaleza. Versión española por don Francisco G. Ayuso. Un tomo en 8.º, en tela. Ptas. 5'50

EL CONSEJERO DE LAS FAMILIAS, Guía de sanos y enfermos, versión castellana del Dr. D. Joaquín Collet y Gurgui. Un tomo en 8.º, en tela. Ptas. 3'50

EL CUIDADO DE LOS NIÑOS. Avisos y consejos para tratarlos en el estado de salud y en las enfermedades. Versión española por D. Francisco G. Ayuso. Un tomo en 8.º, en tela. Ptas. 3'50

ATLAS DE BOTÁNICA, para el Método de Hidroterapia de Monseñor Kneipp, con la descripción y reproducción exacta de las principales plantas medicinales que se conocen, arreglado para la edición española con nuevos datos relativos á la flora hispano-americana, por D. Francisco G. Ayuso.

EDICION I, que consta de 20 láminas en *fototipia* á una sola tinta con su correspondiente texto. Tomo en 8.º, tela. Ptas. 7'50

EDICION II, en *cromotipia*. Consta de 41 láminas, representando cada planta en sus colores naturales, y su correspondiente texto explicativo. Un tomo en 8.º, en tela, ricas planchas en color y oro. Ptas. 14

EDICION III, en grabados sobre madera, sin texto. Un cuaderno en 8.º, en rústica. Ptas. 1'25
En tela. » 1'75

MI TESTAMENTO, para sanos y enfermos, por Monseñor Sebastián Kneipp. Versión española por el Dr. D. Joaquín Collet y Gurgui. Un tomo en 8.º, ilustrado con el retrato del autor, 28 láminas en *fototipia*, fuera del texto, representando todas las aplicaciones del método hidroterápico, tomadas del natural por medio de la fotografía, y 23 grandes viñetas á 2 colores (negro y encarnado) dentro del texto, enseñando prácticamente la manera de practicar las afusiones ó riegos. En tela. Ptas. 6

ALMANAQUE KNEIPP PARA 1894

Un tomo en 8.º, de más 200 páginas

ALMANAQUE KNEIPP PARA 1895

Un tomo en 8.º, de 248 páginas

ALMANAQUE KNEIPP PARA 1896

Un tomo en 8.º, de 240 páginas

ALMANAQUE KNEIPP PARA 1897

Un tomo en 8.º, de 212 páginas

Ricamente ilustrados. Precio de cada uno, ptas. 1. La colección de 1894, 95 y 96 encuadernada en un elegante volumen en tela, ptas. 3.— Estos almanaques constituyen una verdadera Guía de la salud indispensable á todo el mundo.

OBRAS DE N. NEUENS

Párroco y director

DEL ESTABLECIMIENTO HIDROPÁTICO-KNEIPPISTA DE NAMUR-CITADELLE (BÉLGICA)

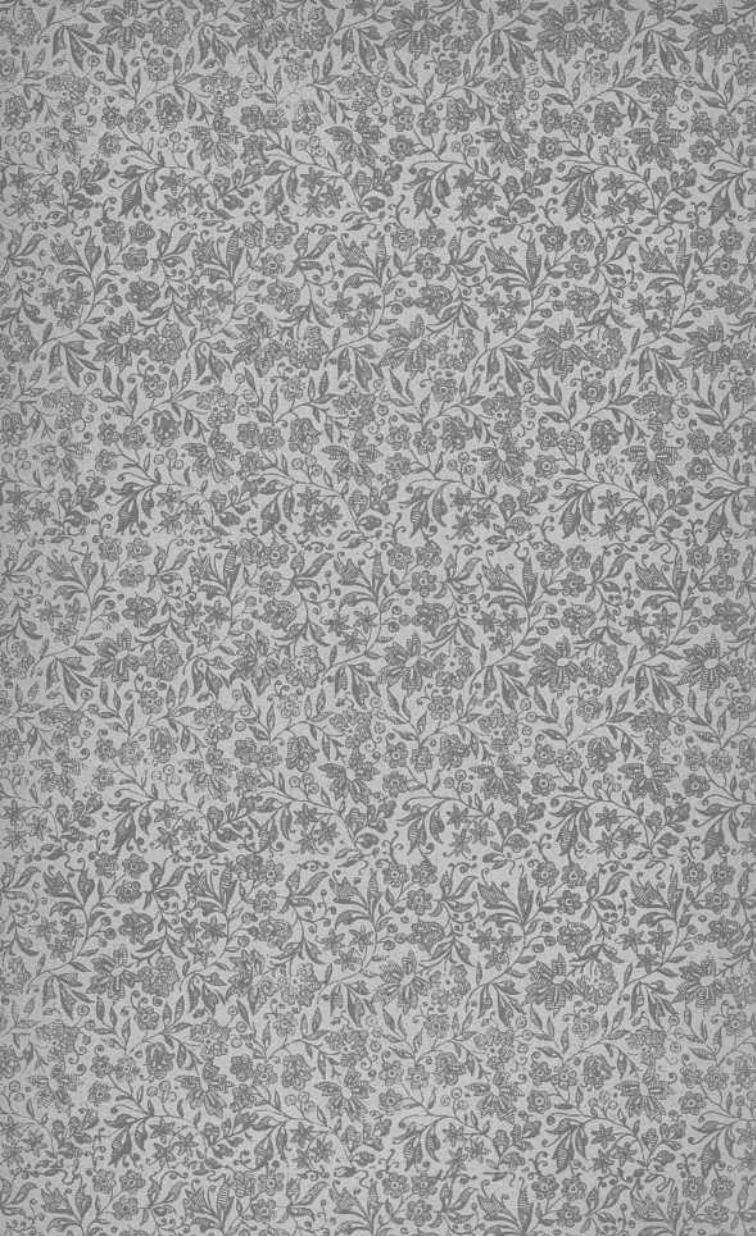
MANUAL PRÁCTICO Y RAZONADO del sistema hidro-terápico Kneipp. Versión española por Gustavo Gili y Roig, edición ilustrada con grabados. Un elegante tomo en 8.º, en tela. Ptas. 3

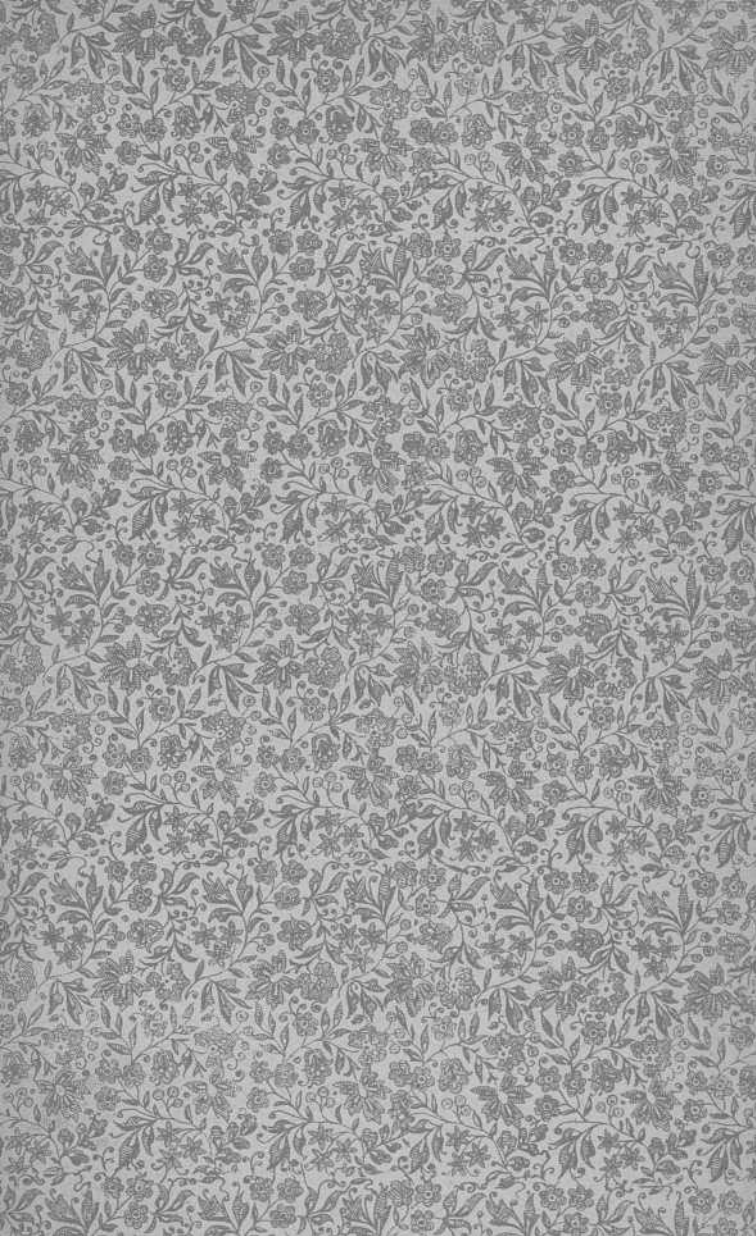
TRATAMIENTO NATURAL de las enfermedades agudas y crónicas por el sistema Kneipp, clasificadas metódica y científicamente. Versión española por Gustavo Gili y Roig. Un elegante tomo en 8.º de unas 400 páginas, en tela. Ptas. 5

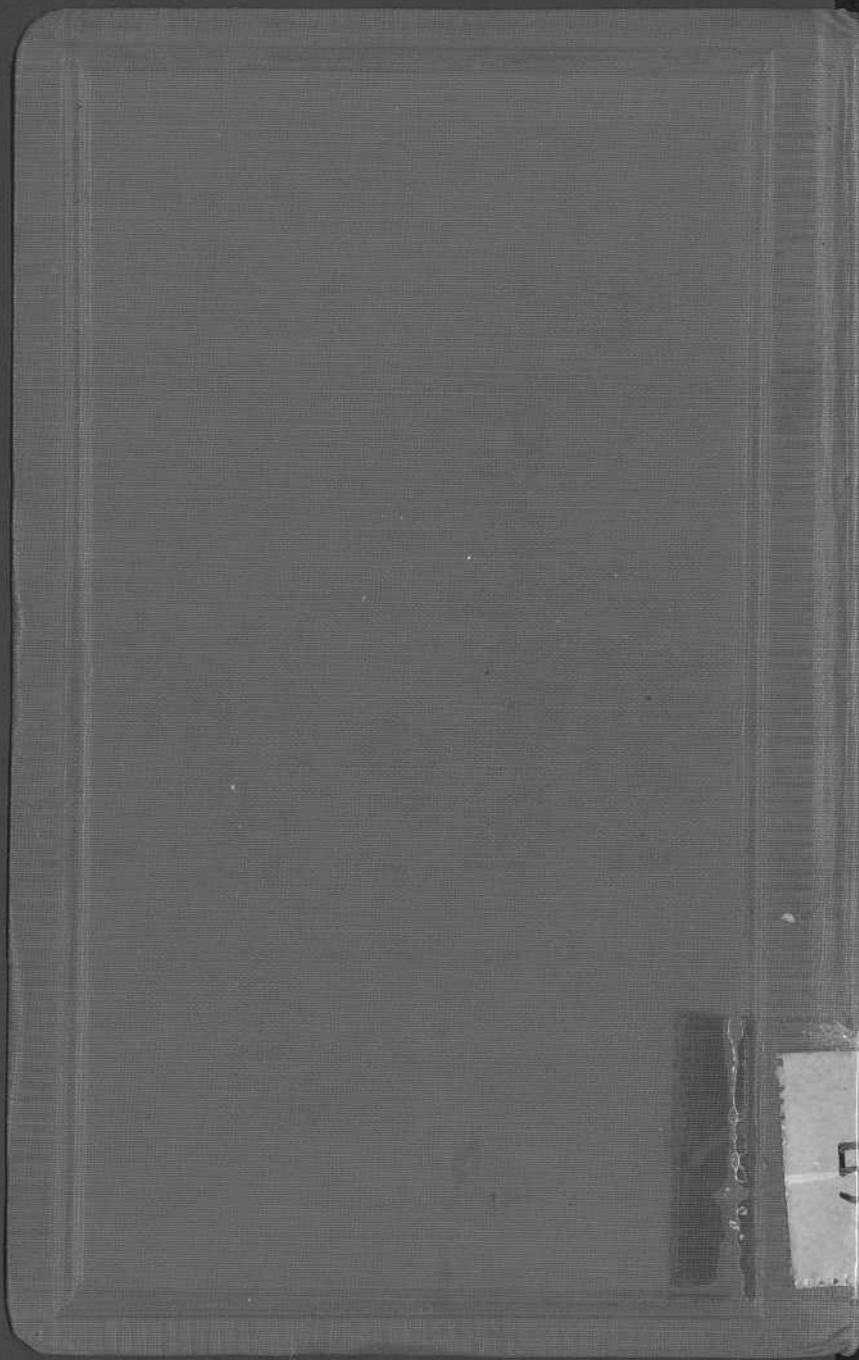
MEDICACIÓN INTERNA É HIDROTERAPIA del abate Sebastián Kneipp. Regimen alimenticio: Arte culinario é higiene alimenticia: Plantas medicinales. Versión castellana por el doctor D. Joaquín Collet y Gurguí. Un magnífico tomo en 8.º de más de 400 páginas, en tela. Ptas. 5

¡ATENCIÓN!

Léase en todas las obras de Kneipp y Neuens, el certificado de Monseñor Kneipp, sobre las ediciones autorizadas de sus obras. Rechácense las que no sean editadas por la librería de Kösel de Kempten, ó por la de Juan Gili, Cortes, 223, Barcelona. Nuestras ediciones son las únicas autorizadas por Monseñor Kneipp, directa y fielmente traducidas del alemán, completas, revisadas y las más baratas. Considérese engañado el que compre otras ediciones.







5337

FRANKS

USA

FRANKSON